



Ricardo Ramírez Requena (compilador)

Portar los modestos dones

(Una muestra de literatura autobiográfica)

Colección CIUDAD VIVIDA



**EL
ARCHIVO**

Portar los modestos dones

Hablar de nosotros mismos es menos sencillo de lo que pensamos: hace falta el poder verse con una gran piedad. Querer explorar cuartos olvidados. Indagar en quiénes no pudimos ser.

Portar los modestos dones es una compilación que busca dar una muestra real, tangible, de relatos y propuestas autobiográficas desarrolladas por venezolanos en los últimos dos años. Nos encontramos con comunicadores sociales, sociólogos, fotógrafos, abogados, historiadores, artistas, y en diferentes lugares del mundo: Florida, Texas, Georgia (Estados Unidos), Valladolid (España), Valencia y Caracas. Cada uno de ellos ha escrito un texto central en la historia de sus vidas y lo acompaña con fotografías.

Los talleres de literatura autobiográfica de Ricardo Ramírez Requena han sido cursados por más de trescientas personas desde 2020. Más de treinta textos han sido publicados en diferentes medios venezolanos; hay proyectos de autobiografías y biografías avanzados; libros de autoficción o poesía en prosa; ensayos autobiográficos y diarios.

Los invitamos a leer estas historias personales que, por todo lo compartido y vivido en ellos, son también unas singulares historias colectivas.

© Archivo Fotografía Urbana
Compilador: Ricardo Ramírez Requena
Edición: Carlos Sandoval
Diseño de colección: Lucas García

Créditos Imágenes:

Astrid Hernández
Liliana Fasciani
Carolina Acosta-Alzuru
Ricardo Cie, Archivo familiar
Nydia Ruiz, Archivo familiar
Reyva Franco, Archivo familiar
Roberto Mata, Archivo familiar
Carol Pronhuber, Archivo familiar, Alberto Pacheco
Jesús Antonio Alviárez
María Angelina Castillo Borgo

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-122665-4-2

Archivo Fotografía Urbana

Junta Directiva /
Diana López
Herman Sifontes
Jaime Abello
Horacio Fernández
Tulio Hernández
Oscar Lucien
Luis Enrique Pérez-Oramas
Vasco Szinetar

Director General /
Diana López
Director Curador /
Vasco Szinetar
Curador /
Ariel Jiménez
Fondo Visual /
Maurelyn Rangel
Administración /
Gisela Rojas
Comunicaciones /
Lucía Jiménez
Asistente comunicaciones /
Ricardo Sarco Lira
Digitalización /
Alfredo Sainz
Documentación /
Wilmer Castañeda
Conservación /
Jonathan Velásquez
Web /
Samoel González
www.elarchivo.org



Ricardo Ramírez Requena (compilador)

Portar los modestos dones (Una muestra de literatura autobiográfica)

Índice

A manera de agradecimiento,

por Ricardo Ramírez Requena

Robando azules, por Carolina Acosta-Alzuru.

Un merecido triunfo, por Carol Prunhuber.

Hasta que me fui, por Eddy Chacón.

Antes de montar el rollo, por Roberto Mata.

Parque Central, por Reyva Franco.

La Pastora, por Nydia Ruiz.

La casa de la abuela, por Ophir Alviárez.

Sonrisa y nariz, por Ricardo Cie.

De una a otra del río, por Liliana Fasciani.

Sé cortés con tus monstruos,

por María Angelina Castillo Borgo.

Nota de cierre,

por Carlos Sandoval

A manera de agradecimiento

En el segundo trimestre de 2020, en plena pandemia, sin saber mucho qué hacer y lleno de incertidumbre sobre la salud de mi familia, comencé a dictar un taller de literatura autobiográfica por *whatsapp*. Un mes antes había tenido dos experiencias de talleres *on line* que dicté, y trabajar por *whatsapp* me pareció idóneo: consumía pocos datos, podía trabajarse así no hubiera luz eléctrica y brindaba facilidades en la interacción. Tres elementos fundamentales en Venezuela. Todavía no se habían disparado las ofertas de compañías privadas que ofrecieran servicios de internet y apenas hacía un año había ocurrido el apagón nacional.

Era lector devoto de diarios, memorias y biografías y había escrito un diario que fue premiado en 2014 y publicado en 2015 por la Fundación para la Cultura Urbana. Ya había tenido un par de experiencias enseñando estos géneros literarios, por lo que me atreví

a ofrecer este curso. Tuve un buen número de alumnos, alrededor de quince, y qué alumnos: profesores titulares de universidades venezolanas o extranjeras, escritores con buen recorrido, intelectuales todos. Fue un reto. Me enseñaron muchísimo. Decidimos continuar. Vino entonces otro taller. Y otro. Y otro. Fuimos ampliando las propuestas: trabajamos memoria onírica, memoria del duelo, memoria urbana. Los talleres fueron haciéndose populares gracias a la recomendación que hacían los talleristas en las redes sociales. Fue un boca a boca.

Hemos podido leer a magníficos autores, como Leonor Arfuch, Beatriz Sarlo, Silvia Molloy, Alberto Giordano, Susan Sontag, Paul Auster, Joan Didion, Héctor Abad Faciolince, Annie Ernaux, Emmanuel Carrère, decenas más. Hemos reflexionado sobre sus obras y aprendido de sus planteamientos escriturales y teorías.

Figuras como los venezolanos Héctor Torres y Gisela Kozak Rovero, así como el escritor mexicano David Miklos, y el escritor y periodista argentino Diego Fonseca, han sido invitados a los talleres.

He tenido momentos en que he dictado seis (6) talleres a la semana. A lo largo de estos dos años, he tenido a más de trescientas personas en mis talleres, y muchos de estos textos han salido publicados en diferentes medios nacionales.

Aquí presentamos, compilados, diez (10) textos de los más de veinte que han salido en Prodavinci, gracias a la curaduría del profesor y crítico Carlos Sandoval, quien –junto con el equipo de la página– me extendió la mano en 2020 para ir publicándolos. Para ellos solo tengo agradecimientos.

Quiero agradecer también al Archivo Fotografía Urbana, en especial a Herman Sifontes, quien nos encargó esta compilación en 2021.

«Portar los modestos dones» es un verso de Joseph Brodsky que leí hace algunos años, en un momento duro de mi vida. Saber llevar, portar lo que somos y reconocer los dones que tenemos, sin soberbias, ha sido un mantra del taller. Somos gente común y corriente, pero podemos contar nuestras historias. De esa manera nos hemos planteado el camino de poder escribir.

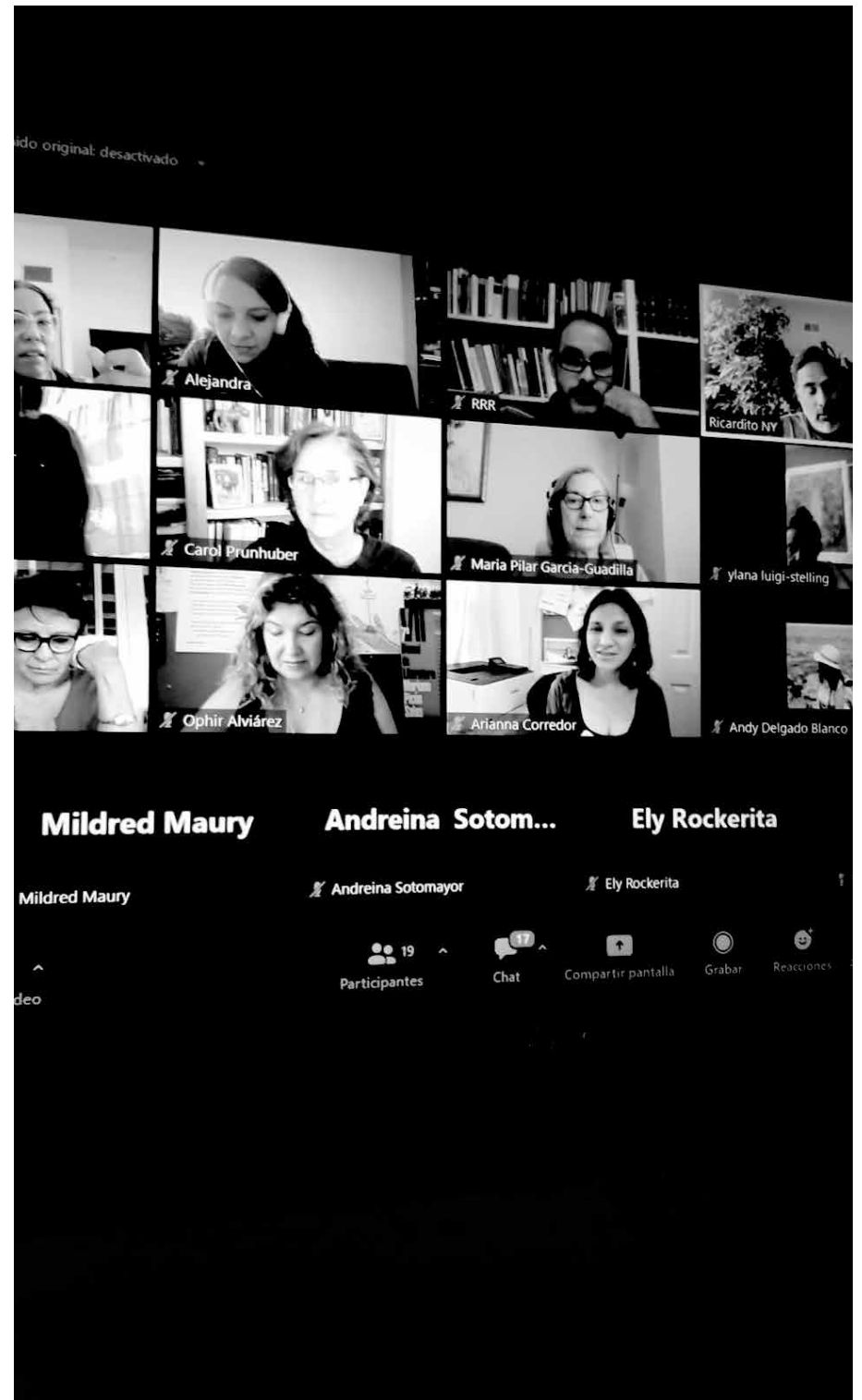
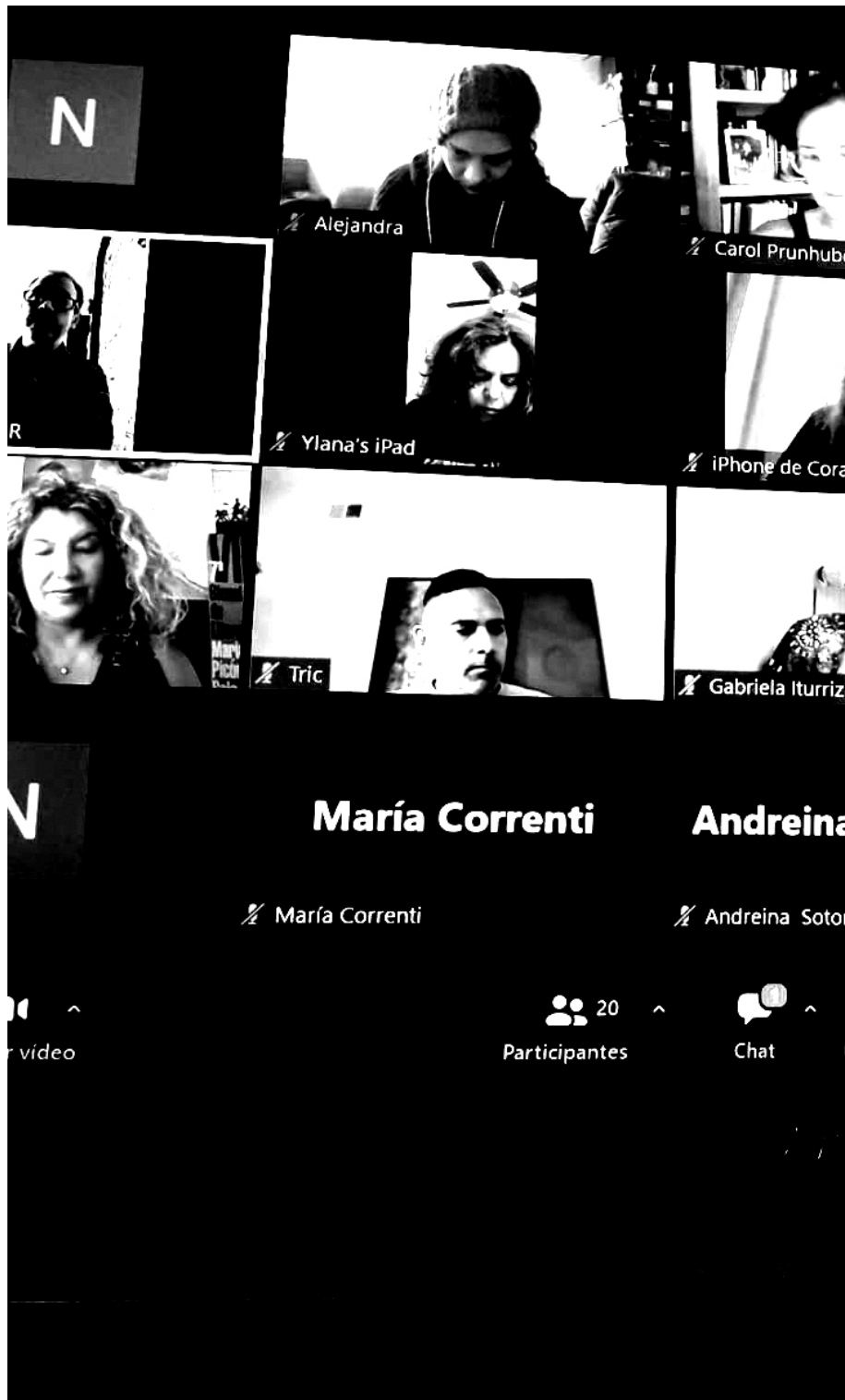
El taller de literatura autobiográfica solo me ha dado alegrías, aprendizajes, sostén para mi familia, y plenitud. A todos los que han confiado en mí para explorar estos caminos, para leer y escribir: gracias.

Este libro está hecho para que leamos textos de venezolanos en Estados Unidos, Ecuador y Venezuela. He tenido estudiantes en Canadá, México, Colombia, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Brasil, España, Francia, Noruega, Alemania, China, Japón.

Espero, en un futuro, que todos los buenos textos escritos en el taller puedan salir a la luz, en portales, editoriales, compilaciones, antologías y, por supuesto, libros propios.

Si de algo estoy seguro es de que los venezolanos tenemos mucho que escribir. He sido un privilegiado al poder leer centenares de historias, pero mi privilegio mayor es haber podido conocer a tanta gente, magnífica, noble, y poder llamar a muchos de ellos, hoy en día, mis amigos.

Ricardo Ramírez Requena
(compilador)





Carolina Acosta-Alzuru

Robando azules

El 13 de marzo de este año, el día antes de que comenzara nuestro largo confinamiento por el Coronavirus, conversé con Estambul por dos horas de cara al azul del estrecho del Bósforo. Había llegado en la madrugada procedente de Cluj, Rumania, luego de intentar regresar a mi casa a través de diferentes países europeos. La recién declarada pandemia ya se traducía en una avalancha de prohibiciones, cierres de fronteras y vuelos cancelados. Estambul era la escotilla por la cual trataba de regresar a mi hogar antes de que Estados Unidos también cerrara sus fronteras. Tenía pasaje para el vuelo Estambul-Atlanta de Turkish Airlines que saldría a las dos de la tarde, solo trece horas después de mi aterrizaje desde Rumania. Dada la urgencia del momento y el tráfico de esta ciudad de veinte millones de habitantes, cualquiera en mi situación habría pernoctado en el hotel del

aeropuerto. Yo no. Cuando Estambul se convirtió en mi breve escala de regreso sabía que tenía que verme con ella y con su azul.

Mis movimientos fueron deliberados. Trataba de controlar lo que podía. Reservé en el Hotel Novotel de Karaköy, un barrio en el lado europeo al borde del Bósforo, el estrecho que separa Europa y Asia en la única ciudad asentada en dos continentes. Karaköy está al comienzo de Haliç, el Cuerno de Oro, brazo único del Bósforo que con frecuencia confunde a los turistas porque allí el agua no media entre Europa y Asia. Allí Europa mira a Europa.

Entré al Novotel a las 2:30 a.m., me metí en la cama media hora después y puse la alarma de mi teléfono para las 7:30 a.m. Sabía que debía tomar el taxi de regreso al aeropuerto a más tardar a las 10:30 a.m. Sabía también que tenía que acercarme al azul de Estambul. Hasta allí mis certidumbres.

Me quedé dormida pensando en ellas. Soñé en blanco y azul.

“La poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita”, le dice el Neruda de Skármeta al humilde cartero en la película *Il Postino*. Igual sucede con la música. Así que hace varios años me apropié de la estrofa de Yordano: “ella va por ahí robando azules”. Corté la frase y la extraje de su contexto porque así expresaba mi perenne búsqueda del color azul y mi necesidad de exponerme a él como si fuera mi sol personal.

El asunto no es simple. No se puede resumir diciendo que el azul es mi color favorito porque es mucho más: es fuerza, callada euforia, nostalgia, medicina y *spa*. Es la explicación de que no me gusten los días nublados, de que prefiera la playa a la montaña y de que en mi patio trasero siempre levante

la mirada sobre el bosque verde buscando el cielo. También persigo el agua. Todos mis lugares favoritos están definidos, al menos en parte, por la presencia de un cuerpo de agua: Playa Azul, Choroní, París, Santorini, Praga y, por supuesto, Estambul.

Ese 13 de marzo Estambul amaneció con temperatura y cielo de mayo. En la televisión un médico hablaba de la celulitis mientras el generador de caracteres anunciaba apenas el segundo caso de Coronavirus en Turquía. Me bañé y vestí pensando qué haría con mis dos horas allí. A pesar de tenerlo a solo tres cuerdas y saber que es un pasaporte seguro a la limpieza y relajación del cuerpo y del alma, descarté ir al baño turco —*hamam*— porque no quería estar encerrada. Consideré subir a la azotea del hotel y desayunar allí con calma. El desayuno turco, con su increíble despliegue de bollería, quesos, embutidos de carne de res y pavo, jaleas, yogures, aceitunas, huevos, frutas y vegetales, amerita tiempo y hace juego perfecto con la grandiosa vista. Pero después de los días angustiosos en Cluj sabía que necesitaba el azul del mar cerca. Decidí meterme en el agua sin mojar-me. Tomaría el ferry y atravesaría el Bósforo hasta Kadıköy, del lado asiático. Es un trayecto de unos veinte minutos que adoro y siempre me llena de serena energía. Compraría en el camino a la estación del ferry queso crema y un *simit*—el pan redondo con un hueco en el medio que es la arepa de los turcos— y me los comería en el barco bebiendo un té —*çay*— de los que allí venden. Nada más delicioso, práctico y turco que esa combinación de *simit*, queso crema y *çay*. Me sentaría, por supuesto, del lado de estribor en los bancos exteriores con los pies apoyados en la baranda metálica. Es uno de mis lugares favoritos del mundo. Cara al viento, mis pies vuelan sobre el azul

mientras mis ojos miran, primero de cerca y luego de lejos, a la Estambul de las postales, la más antigua. En Kadıköy caminaría por el malecón, quizás bebería otro çay y luego regresaría en el siguiente ferry, sentada ahora en el lado de babor, por supuesto. Así le daría a mis retinas una buena dosis de azul y del perfil de Estambul.

Listo. *Habemus plan.*

Perdí el ferry. Lo vi zarpar cuando llegaba a la estación con mi *simit* y mi queso crema en la mano. El próximo barco saldría en veinte minutos. Mi plan ya no funcionaba. Pero allí, frente a mí, estaba Estambul con su brillante azul mañanero sonriéndome. No perdí un segundo, me enfilé hacia la derecha, caminé diez minutos –siempre al lado del agua–, compré un çay y me senté en los peldaños de madera al borde del Bósforo entre esa mini ciudad que es el Puente de Galata, con su tráfico, su tranvía, sus pescadores, sus peatones y sus restaurantes, y ese otro puente que es la estación de Metro de Haliç. Levanté la vista y Estambul y yo nos miramos a los ojos.

–*Hoş geldin Carolina!* [¡Bienvenida Carolina!]

–*Hoş bulduk İstanbul!* [¡Gracias, Estambul!]

Mis ojos, cansados de los nubarrones en Cluj, sorbieron el azul con fruición. Dejé de pensar, sentí la caricia del suave sol de marzo sobre mi rostro y el çay perfecto en mi paladar. El cielo, sin una sola nube, pintaba al Bósforo de un azul purísimo. En la ribera de enfrente minaretes y domos delineaban el horizonte en el que resaltaba la imponente mezquita de Süleyman alardeando de su belleza blanca. Di gracias por estar allí, por sentirme en casa y porque esto último ya no me sorprende. Cualquier cosa ya estaba en Estambul.

–*Herhangi bir şey?* [¿Cualquier cosa?]

–*Evet, herhangi bir şey.* [Sí, cualquier cosa.]

¿Y si no me dejaban subir al avión porque venía de Rumania? ¿Y si el vuelo se retrasaba y llegaba después de que cerraran la frontera? ¿Y si me contagiaba en el avión? ¿Y si me aislaban al aterrizar en Atlanta? Mi mente reactivada recorría con desenfreno los escenarios posibles de las próximas horas. Me asomé a mi teléfono buscando no sé qué y encontré dos *mails* de la universidad que habían llegado mientras dormía. En el primero nos avisaban a los profesores que el lunes 16 habría clase. El segundo *mail* era solo para mí: me ordenaban que, al llegar del exterior, hiciera cuarentena en mi casa por catorce días y les reportara mi temperatura cada doce horas. ¿Cómo voy a dar clase esas dos semanas si voy a estar aislada en casa? ¿Será que uso *Google Hangout*?

Zoom todavía no estaba en mi vocabulario. Tampoco “aplanar la curva”, “distanciamiento social”, “*shelter in place*”, “*PPE*” y “tasa de positividad”. Una pesada incertidumbre me oprimía el pecho porque no sabía lo que pasaría en las próximas veinticuatro horas y no podía vislumbrar bien las siguientes dos semanas. Pero podría jurar que sí veía perfecto los meses de abril, mayo y junio. Infantilmente creía que todos mis planes se realizarían. Terminaría el semestre a finales de abril. Mis alumnos irían a casa para la última clase de “Telenovelas, Culture & Society”, ordenaría pizza para ellos y les prepararía un Tres Leches. En mi clase de doctorado despediríamos el semestre con un *brunch* y discutiríamos el lugar que ocupa la escritura en nuestra vida académica. Luego me iría una semana a Brasil al emporio Globo en pasantía de investigación. En mayo vendría a Estambul a observar las grabaciones del final de la temporada televisiva 2019-2020. Y en junio acompañaría a mi

esposo a realizar su sueño de ir a Alaska. No imaginaba lo que venía. No podía concebir el confinamiento en el que todavía estoy nueve meses después, ni mucho menos intuir sus aprendizajes. Sí sentía que el Coronavirus radiografiaba a los líderes políticos, pero no sospechaba que veríamos a algunos de ellos divorciarse de la ciencia, desafiar al virus y al sentido común, priorizar la economía sobre la salud pública y manejar la crisis de la peor manera posible, politizándola irresponsablemente. Por mi mente pasaba la pesadilla que sería la epidemia en Venezuela, pero no que Estados Unidos pudiera tener uno de los peores desempeños del planeta, que su Presidente recomendaría ingerir desinfectante, poniendo así en peligro de envenenamiento a la población, que se contagiaría y haría un *show* mediático de eso, y que la gente se quedaría impasible ante los inauditos números de contagiados y fallecidos. No podía imaginar que tendría que alejarme emocionalmente de gente cercana porque ellos se convertirían en militantes de la desinformación. No concebía entonces las inmensas contradicciones que viviríamos, como que nos sacaran de los salones de clase en marzo y nos obligaran a volver a ellos en agosto, en condiciones de contagio mucho peores.

Tampoco sabía ese día que sería abuela por primera vez a finales de septiembre. Y que esa noticia sería la luz que iluminaría mi confinamiento.

Guardé el teléfono. Mi realidad, mi certeza, era lo que tenía en frente: el azul de Estambul. Respiré profundo. Bebí un sorbo de çay y traté de “estar en el momento”, como recomiendan los que practican la meditación. Eso me cuesta porque no es fácil ponerle riendas y frenar mi mente hiperactiva. Miré cómo el agua se mecía deseando que me hipnotizara.

—*Orhan Pamuk, İstanbul'un enerjisini Boğaz'dan aldığıni söylüyor. Bence sen de yapıyorsun Carolina.* [Orhan Pamuk dice que Estambul toma su energía del Bósforo. Creo que tú también, Carolina.]

—*Doğru, bence sürekli hareket olduğu için. Ayrıca mavi olduğu için tabii ki.* [Sí, creo que es porque es movimiento continuo. También porque es azul, por supuesto.]

El Bósforo es una autopista de agua por la que navegan desde tanqueros descomunales hasta diminutas embarcaciones de un solo pescador. Debe haber, por supuesto, un sistema que organiza el tráfico, pero no es aparente para mí. Yo lo veo desordenado. Tiene corrientes fuertes, sobre todo cuando nos acercamos a los mares que definen sus dos extremos: el Mar de Mármara y el Mar Negro. Una vez atravesé el Bósforo entre Emirgan y Kanlıca en un pequeñísimo *deniz taksi* —taxi de mar. Fue como cruzar a pie una autopista de veinte canales por la que transitan todo tipo de vehículos en cualquier sentido y donde reina la entropía. Una experiencia aterradora y, también, extrañamente vigorizante. Pero en el Cuerno de Oro, donde estaba sentada ese viernes 13 de marzo, el agua ondeaba con la suavidad de la melancolía y solo era interrumpida por ocasionales embarcaciones pequeñas y medianas.

El Bósforo es un lienzo que no siempre es azul. No es solo que en días nublados es gris plomo, es que aun cuando hay sol la hora del día lo colorea. El amanecer lo pinta de rosado y plateado, y en el atardecer pasa por el fucsia y el anaranjado antes de llegar a su hora dorada. También tiene su rango de azules dependiendo de la época del año. Azul rey en el otoño, azul pizarra en el invierno, azul cielo en la primavera, como el que yo veía esa mañana. Pero mi

favorito es el azul turquesa del verano. Es tan bello que la primera vez que lo vi pregunté si era que le habían puesto algo al agua. Me ruborizo avergonzada cuando pienso que fui capaz de hacer semejante pregunta. Es interesante que en todas las estaciones del año, cuando lo navego y miro hacia abajo, el agua siempre es azul marino; pero cuando hago lo mismo en una de sus riberas es definitivamente verde.

Quizás es que el Bósforo es como Estambul: parece una sola cosa, pero no lo es. Estambul es, realmente, muchas ciudades. Cada barrio, cada zona, tiene personalidad propia. Descubrir esta ciudad es una tarea infinita. Esa mañana yo tenía frente a mí, en la ribera contraria, al área de Eminönü. Mis ojos veían en la distancia los muelles de la empresa Turyol con sus embarcaciones diseñadas para paseos turísticos, también podía identificar el minarete solitario de la pequeña mezquita Ahı Çelebi, pero mi memoria veía mucho más que eso y caminaba contenta entre el gentío perenne de Eminönü. Sentía el apiñamiento en sus cruces de peatones, pasaba por todas sus estaciones, la de autobuses, la del tranvía y la del ferry, y entraba al Bazar de las Especies buscando —determinada— jabón de *hamam*, diferentes té y la mezcla de especias con la que se sazonan las albóndigas turcas —*köfte baharı*. Me montaba en el tranvía que serpentea colina arriba hasta llegar al área de Sultanahmet, donde están la Mezquita Azul, Santa Sofía y el Palacio Topkapı. Allí todo turista comienza a conocer Estambul. Allí la historia te hala de la manga hasta que le prestes atención.

—*Uzun zamandır burada turist değildin.* [Tú hace rato que no eres turista aquí.]

—*Böyle mi düşünüyorsun?* [¿Tú dices?]

Miré el reloj, eran las 9:30 y aunque me había prometido emprender la caminata de regreso al hotel a

las 10, caminé en dirección opuesta al Novotel. Tenía los ojos puestos en la estación de metro de Haliç. Me encanta que sea al aire libre en el medio de un puente suspendido sobre el Cuerno de Oro. Subí la escalera mecánica y caminé por su lateral derecho hacia la otra orilla. Desde allí podía ver el puente Atatürk con su invariable tráfico. A lo lejos busqué y encontré la mezquita de Fatih, la cual he fotografiado en numerosos crepúsculos dorados. Se veía igualmente bella en esa mañana azul. Tomé fotos con el celular y emprendí el regreso por el lado izquierdo del puente. Desde allí podía ver la emblemática Torre Galata coronando la colina que había tenido a mis espaldas mientras estaba sentada en las gradas de madera. Me detuve a contemplarla. Y de nuevo, mi memoria, que puede ver mucho más que mis ojos, se fue a caminar. Esta vez por las callecitas empedradas y empinadas de los alrededores de la Torre. Allí se tomó un jugo de naranja recién hecho en un kiosquito, admiró cómo torcían el *macun*, esa pasta dulce de la confitería otomana, hasta hacer un caramelo cuya espiral de colores es una fiesta visual. También compró *baklava* para llevar y subió a la torre para ver todo el azul de la ciudad.

—*Galata Kulesi'nde kaç kez bulundun, Carolina?* [¿Cuántas veces has subido a la Torre Galata, Carolina?]

—*Bence altı, kez.* [Seis veces, creo.]

—*İlk zamanı hatırlıyor musun?* [¿Te acuerdas de la primera vez?]

—*Evet, seni oradan görmenin seninle tanışmak olduğumu sanıyordum. Ben hatalıydım, özür dilerim.* [Sí, creía que verte desde allí era conocerte. Estaba equivocada, lo siento.]

Me paré en la mitad del puente entre las dos riberas, en medio del azul. En ese momento los miles

de minaretes de la ciudad arrancaron su conmovedor coro de llamados a la oración —el *ezan*. Un grupo de gaviotas comenzó a revolotear cerca de mí. Era una escena en cámara lenta. De debajo del puente salió un barco pequeño lleno de turistas que avanzó por el medio de la avenida de agua azul hasta perderse de vista en el preciso momento en que finalizó el *ezan*. ¡Ah, Estambul! Tú y tu obsesión con ser cinematográfica.

Era hora de despedirme.

—*Gitmek zorundayım, İstanbul*. [Me tengo que ir, Estambul.]

—*Ama olağan konularımız hakkında konuşmadık: araştırman, Venezuela ve Türkiye, sorularım, Erdoğan, kadınlara karşı şiddet, vs.* [Pero no hemos conversado de nuestros temas de siempre: tu investigación, Venezuela y Turquía, mis problemas, Erdoğan, la violencia contra las mujeres, etc.]

—*Bu doğru ama bugün zamanım yok, maalesef. Geri döndüğümde devam edeceğiz, olur mu?* [Es verdad, pero hoy no tengo tiempo, lamentablemente. Continuamos cuando regrese, ¿okey?]

—*O zaman gelecek sefer görüşene kadar, canım Carolina. Kendine iyi bak!* [Hasta la próxima vez entonces, querida Carolina, ¡cuídate!]

—*Sen de kendine iyi bak. Seni özleyeceğim.* [Cuídate tú también. Te extrañaré.]

Hice el camino de regreso ensimismada tratando de armar el rompecabezas de mis emociones. La opresión de la incertidumbre se había vuelto a instalar en mi pecho, pero ahora cohabitaba con la serenidad que esas dos horas de azul me habían regalado. Estambul me encanta tanto. Estambul me queda tan lejos. ¡Qué bueno que vine, aunque fuera un ratito nada más! Volveré pronto. ¿Volveré? ¿Po-

dré volver? Claro que sí, mayo está a la vuelta de la esquina y ya todo habrá pasado. Cuando llegue a mi casa tengo que reservar el *Airbnb* que me gusta. Que no se me olvide.



Carol Prunhuber

Un merecido triunfo

Con la boca seca y un nudo en el estómago salí del baño. En el recinto de jinetes del Hipódromo La Rinconada seis mujeres esperábamos la llamada para ir al *paddock* cubierto y tomar nuestras monturas para la carrera especial de Ladies and Gentlemen Riders. Era el 17 de junio de 1972.

—¿Estás bien?— me preguntó preocupada Adriana Zecchini, La Gorda, al verme salir del baño por tercera vez.

—No debía haber aceptado correr— murmuré. Tenía el corazón acelerado. Ya no podía hacer nada. Tenía que salir y montarme en Star Hoot, el caballo que me habían asignado.

A Star Hoot solo lo había montado unos días antes durante una práctica con el aparato de salida. La Gorda había convencido a mis padres para que me dejaran correr en esta carrera especial. Esta vez

participarían seis mujeres junto a ocho hombres. Todas las mujeres éramos amazonas de diversos clubes ecuestres de Caracas. Yo era la más joven. Una flaca de quince años. La Gorda les había prometido a mis padres que me cuidaría.

Lo más importante era aprender a usar estribos cortos. Tenía que fortalecer las piernas para correr los mil doscientos metros previstos. Todas las tardes, practicábamos en el Caracas Country Club.

Dos días antes de la carrera las mujeres fuimos al hipódromo para una práctica con el aparato de salida. La Gorda y yo llegamos a las cinco de la madrugada. Estaba oscuro, había neblina. Cuando me acerqué a la pista sentí un ligero temblor en la mandíbula inferior. Preferí achacarlo al frío mañanero. Me abotoné la chaqueta, pero el castañeteo no paró hasta que cerré los ojos y respiré profundo varias veces.

En la pista había varios jinetes traqueando. El galopar era pausado, el sonido de los cascos que salpicaban arena sobre la barrera era tenue. —No corren para no cansar a los caballos antes del fin de semana— observó un jockey a mi lado.

Un joven palafrenero, con un animal de pelaje pardo, se me acercó. —Señorita, este es su caballo, se llama Star Hoot. Me llamo Ramiro— dijo sonreído.

—Gracias. Me acerqué al caballo con una larga mancha blanca pintada en la frente. —¿Es manso? Ramiro asintió. Le acaricié la cabeza, el cuello cálido y la grupa.

Me puse el casco; con la mano izquierda ceñí la crin, con la derecha sujeté la silla y doblé la rodilla izquierda para que el joven me subiera. —Déjame ponerle los estribos más largos— dijo Eduardo Benedetti, un amigo apasionado de la hípica, que me acompañaba. —Así tendrás más equilibrio. Una vez

que me los acomodó, el palafrenero condujo el caballo hacia el aparato de salida.

—Agárrate bien a la crin con una mano— me recordó La Gorda cuando llegamos al aparato. Adriana ya había corrido varias veces. Era la veterana. Las otras cinco nunca habíamos participado en estas carreras especiales.

Ramiro condujo al animal dentro del aparato y me sorprendió cuando se quedó ahí sujetando a Star Hoot. Se mantenía de pie sobre el estribo de partida, una repisa a mi izquierda. En ese espacio tan estrecho, en esa jaula de metal, me sentía encerrada. —Prepárese— dijo Ramiro. Coloqué las riendas en un cuadrado como me habían enseñado y apreté bien fuerte la crin. —No se preocupe, él suele partir bien— intentó tranquilizarme.

De pronto, la campana de partida sonó. Un chillido fuerte que hizo que Star Hoot arrancara con un brinco. Fotos de ese instante me muestran desacomodada, con los brazos abiertos y colgando de las riendas. En una segunda foto estoy galopando agachada y en buena posición. Lo único que recuerdo es la inmensidad de la pista y Star Hoot corriendo. En ese momento de libertad se produjo una conexión armónica entre el caballo y yo.

* * *

—Ya es hora— gritó alguien en el recinto de jinetes. Me levanté, cogí los guantes y los lentes, y la fusta que me había prestado uno de los jockeys. Me puse el casco cubierto con un forro color morado y un pompón blanco. El casco hacía juego con mi camisa número 7. Fui la última en salir hacia el *paddock* cubierto. Ya los hombres se dirigían con sus monturas hacia la pista. Había mucha gente, mucho ruido. Los

caballos resoplaban, cocebaban y giraban alrededor de los palafreneros.

Star Hoot llevaba cabezal y pechera blanca, con una manta blanca con el número 7. Por encima iban barras de plomo para que todos pesáramos setenta kilos. Una vez preparada, el palafrenero me subió. Mientras ajustaba los estribos le pedí que revisara la cincha. —No sea que rueda con silla y todo— le dije con una risita nerviosa. Sujetó la cabezada y se dirigió hacia la rampa que conducía a la pista.

Al salir de las sombras sentí un golpe de calor. El sol me encandiló. El cielo estaba azul, muy azul, no había una sola nube. Los gritos del público me aturdí. —¡Señorita, señorita!— espetó un viejito desde la Tribuna A, espacio abierto para el público general. —Le aposté cinco bolívares— sonrió con esperanza en la mirada. —Ay señor, usted va a perder esos reales—. —No, usted va a ganar— aseveró.

Al final de la rampa nos esperaba el *ponyboy*. Él me acompañaría hasta el aparato de salida. Ahí nos esperaba el palafrenero. —Como usted es la más joven le permitieron entrar de última— me informó, dándome unos minutos de alivio. Pero cuando lo tocó, Star Hoot se negaba a entrar. Cada vez que lo acercaban levantaba la cabeza y reculaba. Finalmente, le cubrieron los ojos y lograron meterlo.

El joven se colocó sobre el estribo de partida y yo me puse en posición: agarré la crin, con la mano derecha coloqué las riendas hacia delante, la fusta sobre el cuello y me agaché. —¿Están listos?— gritó alguien. —¡No, no, no!— exclamé, paralizada ante el inevitable desenlace. —¿Carolita, estás bien?— me preguntó Oscar Núñez, compañero ecuestre, en el cajón a mi derecha. —No te preocupes. Yo voy a estar pendiente de ti—.

—¿Están listos?— volvieron a preguntar.

—Sí, estoy lista— balbuceé.

—¡Listos!—. Apreté la mandíbula, miré al frente, sentía la áspera crin entre mis dedos. El súbito ruido fue infernal: la campana chilló, las puertas de metal se abrieron, estallando hacia los lados, hombres gritaban y los caballos saltaron. Un golpe a mi derecha me desequilibró. El caballo de Oscar había brincado hacia mí. Con las manos aferradas a la crin me reacomodé y dejé que Star Hoot corriera a su gusto.

Cuando nos acercábamos a la primera curva iba de segunda detrás de Carlos Alberto Hidalgo sobre Dominador. Miré hacia atrás, los otros iban lejos. No me lo podía creer. «Coño, puedo ganar esta carrera». Entonces comencé a arrear con los brazos. Le di unos toques en el cuello con la fusta. Al pasar la primera curva, levanté la fusta, di uno, dos golpes y Star Hoot aumentó la velocidad. Un tercero y la fusta se me deslizó.

—¡Carlos Alberto, se me cayó la fusta!— grité.

—¡Tú dale, sigue!—.

A pesar de los gritos lejanos del público, los cascos de los caballos sobre la arena, había una burbuja de silencio en la pista. Cuando estuve a unos metros de la última curva el estruendo atronador de las tribunas me incitaba. Faltaban seiscientos metros. Star Hoot pasó a Dominador y lo guie hacia la pista interior.

—¡Carolita, me estás cruzando!— gritó Carlos Alberto.

—Perdona—. No sabía que no estaba permitido cruzar, así que volví a la posición exterior.

Estaba en la recta final. La inmensa pista se abría ante mí. El triunfo era posible. Si quería ganar tenía que darle con todo, pero no tenía fusta. Buscaba el

espejito que marca la raya final. Lo veía, lejos. Me aplané totalmente sobre Star Hoot que comenzaba a desinflarse. El rugido del público y el golpe de cascos sobre la arena de mis contrincantes se acercaban cada vez más, me acosaban. —¡Hah, hah! ¡Vamos, vamos!— gritaba arreando con los brazos, empujando con las piernas y picando con las espuelas.

El público bramaba delirante y mi mente disparatada se preguntaba: «¿Por quién apuestan? Debían dejarme ganar. Soy la más joven. ¿Cuánto falta para llegar? ¿Dónde está el espejito?», repetía mientras continuaba fustigando a Star Hoot hacia el espejito que no llegaba nunca.

Faltando cien metros escuché, no, más bien sentí el resoplido de un caballo y el retumbar de sus cascos por la pista interior. Star Hoot ya no respondía, no le quedaba carrera, iba a perder. Pasar el espejito fue todo lo contrario a un clímax. Star Hoot se desinfló y yo con él. Lamentaba haber perdido la carrera.

Desde la barrera, Carlos Muñoz, el entrenador, me hacía señas y gritaba algo que no podía oír. Galopé lentamente en su dirección. Uno de mis compañeros, Paulo Llamozas, pasó galopando a mi lado. —¿Quién ganó?— le pregunté.

—Tú, tú ganaste— me contestó. Me parecía una broma cruel.

—Déjate de echar vaina— le espeté. ¿Quién habría ganado?, pensaba mientras galopaba hacia Muñoz.

—¡Ven acá, rápido!— vociferó agitado. Abriendo los brazos y las manos me preguntó: —¿Dónde está tu fusta?

—Se me cayó después de la primera curva. ¿Podremos recuperarla?—.

—Necesitas una, ahora, para saludar al público— insistió.

—¿Para qué?—. No lograba asimilar que había ganado. Había visto a un caballo pasarme. Era La Gorda Zecchini quien, como toda una profesional, corrió desde atrás. Le había ganado por un pescuezo.

Muñoz me dio una fusta y le entregó las bridas a Ángel María Guidiño, el palafrenero oficial, para que me llevara a saludar al público. El hipódromo estaba repleto. Miles de personas vitoreaban, gritaban “¡bravo, bravo!”. Con la fusta en alto, pasé tres veces ante un público electrizado. Una poderosa ola de energía me fue colmando hasta explotar en una euforia inconmensurable.

Al pasar por la tribuna popular busqué con la mirada al viejito que había apostado por mí. Debía estar cobrando una buena ganancia. Star Hoot no era favorito y pagó ochenta y tres bolívares (20 USD) a ganador. Esta sería su única victoria. El viejito acababa de ganarse unos cien dólares, bastante dinero en esos años setenta.

El palafrenero me condujo al *Paddock* de Ganadores donde nos esperaban las autoridades del hipódromo. Había un gentío. Amigos, prensa y fotógrafos quienes al día siguiente llenarían los diarios con la foto de la llegada y titulares como: «Las jockettes arrasaron la de “Gentlemen Riders”», «Las damas primero», «Carol, la campeona», «Un merecido triunfo». Una flaca de quince años se acababa de convertir en la primera mujer en ganar una carrera de caballos en Venezuela.

Estábamos todas las ganadoras. Cuatro mujeres nos llevamos los primeros cuatro puestos. Un hombre había llegado de quinto y dos se habían caído. El dueño de Star Hoot ganó diez mil bolívares, pero nosotras al no ser profesionales recibiríamos trofeos. Habían dispuesto dos: uno para el ganador y otro

para la mujer mejor calificada. Al recibir los dos trofeos el público de nuevo estalló en estruendosos aplausos para todas nosotras, las triunfadoras.

Posamos para los fotógrafos, saludamos a unos y otros. De tanto sonreír me dolían los músculos en las comisuras de sus labios. Sentía que la emoción me desbordaba. No podía contenerla. Me llevaban para aquí y para allá.

Subimos a la Tribuna Presidencial para recibir las felicitaciones de las autoridades del hipódromo. Alguien me tomó del brazo y cruzamos el pasillo que une la Tribuna con el Jockey Club. Los oídos me pitaban, la vista se me fue nublando. En cuanto abrieron la puerta del Jockey Club me desmayé.

* * *

Así lo recuerdo. La memoria me devuelve el pasado después de haberlo reinventado. Su reinterpretación me permite volver a vivirlo. Pero no siempre es lo que fue.

Mi hermano Roger, cuya memoria es prodigiosa, me aclara que así no ocurrió. Al día siguiente, el Jockey Club organizó un brindis para los participantes en la carrera. Entre una copa de champaña y las continuas felicitaciones me dio una baja de tensión y sufrí un desmayo.

Volví a correr a los dos meses. «Carol, la invicta», escribió un periodista. Esta vez me asignaron a Rebel Love, un caballo que había ganado varias carreras. Era la tercera favorita.

Roger recuerda cómo el público comenzó a gritar cuando Balmoral, con el preparador Raúl Payares, y yo tomamos la delantera seguidos por Donkaster, con Oscar Núñez, y Felixmar con Carlos Alberto Hidalgo. Según Roger, Rebel Love comenzó a avan-

zar. Mi familia y amigos se preguntaban: ¿será que va a ganar otra vez?

Iba en la delantera cuando llegué a la última curva. Faltaban cuatrocientos metros. Pero Rebel Love, en vez de girar, cargó hacia fuera y siguió corriendo derecho. Mordió el freno. No respondía. Iba desbocado. No lo podía parar. El sonido seco de los cascos golpeando la arena y el resoplido reverberaban en mi cuerpo atenazado por el miedo. Iba por la pista, sola, hacia la baranda.

Alarmada comencé a acortar cada vez más las riendas, pero nada. Temía que no se parara y fuera a saltar la baranda donde había gente observando. Sin pensarlo solté la rienda derecha y con las dos manos cogí la izquierda. Jalando, comencé a doblarle la cabeza hasta que finalmente lo enderecé y volví a arrearlo.

Aún tenía carrera. Lo azucé y arrancó hacia la llegada. Aunque Rebel Love había galopado cien metros hacia afuera llegamos de cuarto. Al pasar el espejito ralenticé el galope hasta que tomó el paso. Solo escuchaba mi respiración agitada y la suya. Aflojé las riendas, saqué los pies de los estribos y dejé caer mis piernas entumecidas sobre los flancos empapados por una espuma blanca de sudor. Cuando me bajé las piernas me flaquearon de cansancio, pero también de miedo contenido. Nunca más tuve la oportunidad de correr en el hipódromo.



Eddy Chacón

Hasta que me fui

Cuando empezaba la balacera, todos corríamos a refugiarnos al baño. El espacio era muy pequeño, no llegaba a nueve metros cuadrados. Entrábamos todos apretados, mis dos hermanos, papá y mamá. Yo ponía las manos en mis oídos y cerraba muy fuerte los ojos, sentía el corazón entre los dedos. Teníamos miedo, mucho miedo. Los sonidos de los disparos se escuchaban tan cerca como si ocurrieran detrás de la puerta.

En promedio, los tiroteos duraban quince o veinte minutos; sonidos de pistolas y ráfagas de ametralladoras. Se escuchaban gritos, mentadas de madre, silbidos, unos más cerca que otros. Había que esperar un buen rato para estar seguros de que todo había terminado. Después de cada batalla llegaba el silencio e invadía los espacios, como si todos estuviéramos conteniendo la respiración.

Retomar la rutina tomaba tiempo. Abríamos la puerta del baño y afinábamos el oído, salíamos despacio para poco a poco volver a nuestra vida. Prendíamos de nuevo el televisor, con el volumen bajito. Si la plomazón ocurría antes de la cena comíamos en la sala porque el comedor quedaba cerca de la ventana y nos daba miedo.

Mamá maldecía cuando ocurría en el horario de la novela. “Que desgracia, está punto de empezar *La usurpadora* y anoche quedó buenísima”. El sobresalto no pasaba tan rápido, nos quedaba un susto en el pecho, hasta que nos íbamos a la cama y el sueño se encargaba de ponerlo en el pasado. Obviamente, nadie se acostumbraba a estas batallas porque estábamos en medio, indefensos. Uno le tiene miedo a la muerte, uno no se quiere morir.

No me gustaba nuestro baño. Tenía un techo falso que papá había instalado para cubrir las tuberías y darle mejor aspecto. Esos apartamentos estaban hechos a los cipotazos. Siempre tenía la sensación de que del otro lado de ese cartón anidaban millones de cucarachas, pues siempre había cucarachas en el baño. Cuando se prendía la luz se movían rápidamente y desaparecían en ese techo tenebroso. Yo sabía que eran esas condenadas bichas (las que gustan a Nelson Garrido). Algunas veces tenía pesadillas, soñaba que estaba sentada en la poceta, el techo se caía y cientos de ellas volaban sobre mi cabeza. En la mañana le preguntaba a mamá qué significaba soñar con cucarachas y ella respondía: “Pleitos, mija, pleitos”.

Al día siguiente, el tema de conversación era quiénes habían sido las víctimas de la noche anterior: “Mataron a Chocolo”; “Al hijo de la señora Cabezas le pegaron un tiro en la espalda, qué desgracia, pa-

rece que no volverá a caminar”; “Los hijos del señor Marcano tuvieron que irse a Oriente porque anoche les cayeron a tiros a la puerta”.

Viví durante veinte años en esa zona de Caracas. Un apartamento que compraron mis padres en veinticinco mil bolívares y que pagaron con mucho esfuerzo al Banco Obrero. En esa urbanización, construida por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, escuchar un plomazo era absolutamente normal. A la autoridad no se le veía ni en sombras. Allí lo extraño, lo raro, era la paz. Este es el 23 de Enero que me tocó vivir.

En una época las ventanas de la sala eran de macuto y la última, la más cercana al techo no era de vidrio sino de aluminio y tenía un hueco. Ese hueco lo había hecho una bala. Mamá nos contó que en tiempos de la dictadura un militar disparó hacia arriba en pleno toque de queda. El proyectil atravesó el aluminio y alcanzó a mi abuela Justina, que era diabética; debido a esa herida le amputarían el dedo de uno de sus pies.

Años después papá tumbó esa ventana e hizo un balcón con una reja que llamaban “pecho e’ paloma”, y que mamá llenó de plantas. Ese nuevo ventanal nos permitía divisar mejor el paisaje. Aunque la ventana antigua no estaba, yo solía mirar hacia al techo para ver la marca que había quedado porque me perseguía el temor de que me mataran en medio de la sala, como a Magdalena Baute a quien la mató una bala loca de un tipo que venía persiguiendo a otro desde el Bloque 12.

Desde el balcón podíamos ver cómo los malandros enseñaban a los chamos pequeños a manejar las armas, a plena luz del día, justo al lado del kiosco del señor Fabián. En ese kiosco se vendían todos los

periódicos y revistas; también, números de lotería y se pagaban los cuadros del 5 y 6.

Papá compraba *El Nacional*, le encantaba leer «Pizarrón» (la columna de Arturo Uslar Pietri) y las firmas de esos tiempos del «Cuerpo A» de aquel diario. Era fanático de las aventuras de «El fantasma» y «Mandrake», que se publicaban en versión larga y a color en el suplemento de los domingos. Mamá devoraba las páginas de sucesos; empezaba el periódico de atrás hacia delante. Seguía todos los acontecimientos con detenimiento, adoraba las imágenes de Sandra Bracho y siempre constataba que los crímenes de por allí estuvieran reseñados en la prensa. El «Cuerpo B» lo tomaba mi hermano para ver cómo iba la pelota y el «Cuerpo C» era el mío. Durante muchos años el señor Fabián nos llevó *El Nacional* hasta el apartamento. Un lujo. Era una maravilla levantarse y tener la prensa diaria en la puerta de casa.

Una de las cosas que más odiaba en las noches violentas era tener que acostarnos en el piso del baño. Papá, que había sido guardia nacional, decía: “Acuéstense con la cara contra el piso”, yo trataba de no mirar el desagüe del baño porque sabía que por ahí se escapaban las bichas aquellas. Tener la cara contra el piso era una experiencia humillante, sentía asco, rabia y miedo.

El baño lo había remodelado papá; él no era albañil, pero era un hombre muy dispuesto que emprendía cualquier tarea necesaria: albañilería, mecánica, contabilidad, electricidad y en diciembre nadie podía meterse con su receta de hallacas andinas que hacía con el guiso crudo, ese sabor único que nunca olvidaré. Estaba empeñado en mejorar el aspecto básico del apartamento: compró cerámica y se fajó a quitarle esa apariencia de rancho que tenían esos

baños para elevarlo de categoría con unas losas amarillo pollito.

A papá no le quedó más remedio que alistarse en el ejército luego de quedar huérfano en un pueblo remoto del municipio Cárdenas del estado Táchira, que entonces no aparecía en el mapa (ahora sí, se llama La Florida). Trabajó como monaguillo por muchos años y cuando se hizo grande, el cura lo llevó a entregarse para que cumpliera el servicio militar. Dadas las circunstancias, en aquellos tiempos te metías a cura o a militar y como nunca creyó en Dios prefirió ser soldado. Además, allí aprendió a leer.

En casa había un arma. Sabíamos que era de papá, de su trabajo. Mamá no permitió jamás que la viéramos, ella decía que le temblaban las manos nada más nombrarla, sabíamos que estaba dentro del escaparate, encerrada bajo llave. Un triste suceso le daba la razón: una mañana la suplente de la maestra Dulce del tercer grado dedicó su clase a explicarnos cómo se hacían los niños. En los años setenta eso era un tema delicado, estábamos entonces lejos de eso que llaman «educación sexual». Ese mismo día, mientras los representantes iban a la escuela a reclamar por la clase de aquella mañana, la suplente recibía un disparo en la cabeza: su hermano la mató de forma accidental mientras manipulaba una pistola. Fue la única maestra del colegio que nos explicó con palabras amorosas lo que nunca escuchamos en casa.

Hice la primaria en la escuela Amalia Pellín. Si uno pone “Amalia Pellín, biografía” en Google, te enteras de que se trata del plantel José Gregorio Hernández, del magisterio. En esa escuela los maestros tenían más de una profesión: eran normalistas y abogados. Recuerdo en especial a mi maestro de sexto grado, Marco Antonio Díaz. Tengo una foto

de él entregándome el diploma de graduación. Fue la primera persona que me regaló un libro —que aún conservo: *Hombre: dueño y esclavo*, de Arminio Martínez Niochet. En la noche, mientras mamá veía *La italianita*, con Marina Baura y Elio Rubens en Radio Caracas, yo leía y releía ese libro fascinada por su formato de bolsillo.

Guillermina, mi madre, tenía un mantra: nos decía a mi hermana Carolina y a mí: “Cuidado me van a salir con una barriga”; “Cuidado si salen embarazadas de un malandro”. Mi infancia transcurrió entre las cuatro paredes de mi casa, en una especie de política de protección y aislamiento porque “la calle” era muy peligrosa. Los domingos íbamos a El Paraíso a un parque a tomar helados o a la plaza El Venezolano a comer empanadas chilenas, unas muy buenas que papá compraba en El Rosal.

Recuerdo con exactitud quiénes de mis amigos de la infancia no llegaron a ser grandes, recuerdo quiénes se quedaron en el camino, a quiénes se los tragó la violencia. Recuerdo sus rostros y sus apodos. De algunos nunca supe sus nombres. Chocolo, William Quillito, Killo, Ramón Pelota, El Chivo, Los mocosos, Pedro palo ‘e piñata, El indio, Elle, Los avelinos, Búfalo, Las enanas Moi, Joelito Cara ‘e guante, Pelón (que después se metió a PTJ). Ellos eran los hijos de mis vecinos, los hijos de las amigas de mi mamá. Ellos eran también a quienes llamaban “Los azotes”, los que nos tenían la vida hecha cuadritos pero que nos saludaban con afecto y nos pedían para las cervezas o para la hierba, los que todos esperábamos no encontrarnos en un mal momento en las escaleras, por la noche. Los que andaban armados y eran muy peligrosos, los que vendían y los que consumían, los que habían sido niños alegres y se habían transfor-

mados en unos seres diferentes y temibles, los que de un día para otro desaparecieron. Yo también tenía un apodo: me decían La China.

En las noches de fin de año había que tener mucho cuidado porque cuando sonaban los cañonazos del Museo Militar, que estaba muy cerca, era muy difícil distinguir entre los disparos y las explosiones de los tumba rancho, los triqui traquis y los martillitos.

La noche era estruendosa. Mi amiga Marisol Pacheco, hija de una familia de Barlovento que yo amaba, caminaba hacia el Bloque 14 donde vivía su tío cuando una bala perdida entró en su estómago y le cambió la vida para siempre. Dejamos de ser amigas porque nunca más la volví a ver. Eran los tiempos de *La señora de Cárdenas* en Radio Caracas Televisión.

Mi padre, Olivo de Jesús, dejó la Guardia Nacional, se compró un carro y fundó la Asociación Civil de Choferes Asociados, Línea de Taxis Parque Central. Configuró una Asociación Civil que hasta hoy existe. Esta línea le dio servicio a uno de los lugares más cosmopolitas de Caracas: Parque Central. Allí estaba el Museo de Arte Contemporáneo, el Museo Audiovisual, el Ballet Nuevo Mundo, el Grupo Actoral Ochenta, el Museo de los Niños. Había cine, teatro, galerías, restaurantes: era una ciudad.

Trabajé en el Edificio Mohedano durante siete años con un diseñador suizo llamado Peter Wezel. Allí se diseñaban libros para la editorial Oscar Todtmann. Jesús Soto vivía en ese edificio y muchas veces me lo encontré en el ascensor; él iba a su galería ubicada en el nivel Bolívar. Me gustaba ser amable con él, sujetarle la puerta del ascensor para que entrara. Eran los tiempos de ver sentados en el piso del cine, por lo abarrotado, *El imperio de los sentidos* o *Hiroshima mon amour* en la Cinemateca Nacional. Los

tiempos en que el Museo de Arte Contemporáneo desmontó los vidrios para que una grúa posara sobre el museo las extraordinarias obras de Henry Moore. Eran los tiempos del radial «La raza cósmica» de Gregorio Montiel Cupello. Caracas era un hervidero, pero al terminar la noche tenía que regresar a casa y no recuerdo haber llegado una sola noche sin pensar que mi vida pendía de un hilo.

Hasta que me fui.



Roberto Mata

Antes de montar el rollo

Mamá lanzó una lancha metálica con motor y me la pegó en la frente. No tenía pilas, pero eso marcó la separación. Yo tenía ocho años. Hasta ese entonces éramos siete del primer matrimonio y tres del segundo. Mi única meta era que fuésemos diez hermanos. No lo logré. A partir de ese día éramos siete, más un asilado político y dos que asumieron el no sabe/no contesta. Todavía siento el golpe del metal frío. Recuerdo su mirada y la puntería. Por suerte, ella olvidó ese evento por completo. No fue Alzheimer, simplemente lo anuló en sus recuerdos. ¿Quién desea vivir con esa reacción en su memoria?

Apenas hallé algo que me permitiera independizarme, lo hice. Soy fotógrafo desde los doce años.

Hice fotos en el colegio. Vendí fotos en el colegio. Así me hice fotógrafo. Se dice rápido, pero no lo fue; lo hice tantas veces que aprendí. Ensayo y error jun-

to con una enciclopedia de fotografía por fascículos y un primo querido: Alejandro.

Cuadro 1

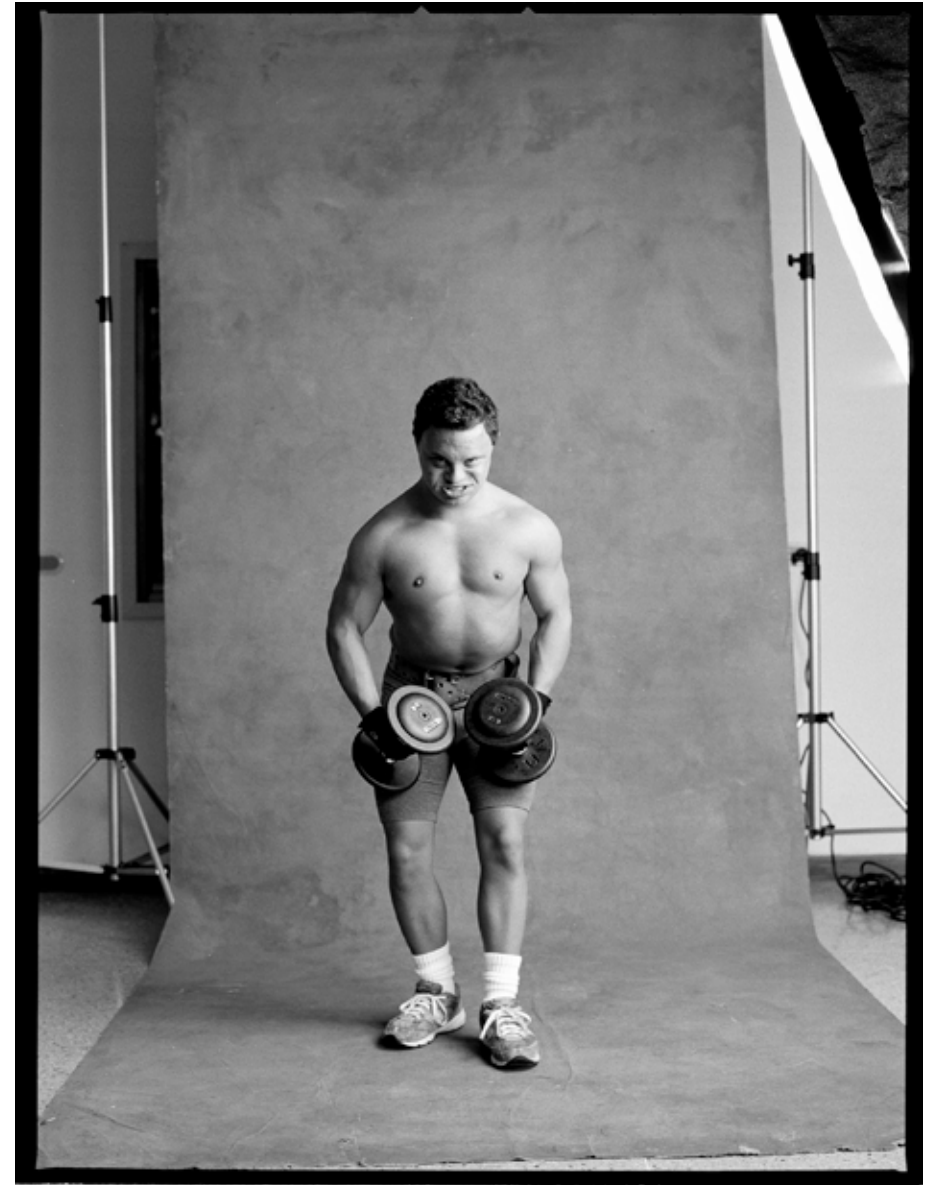
Yo he tenido, usado y apreciado Olympus, Mamiya, Nikon, Canon, Yashica, Leica (de mi papá, jamás usada y solo atesorada); Holga, Lomo, Minox, Rollei, Linhof, Fuji, Hasselblad, pero nunca Sony; nunca.

Mi cámara, la que yo llamo mi cámara, es la Hasselblad. La primera, porque tengo tres. La comprada en Nueva York con mi amigo Iván Gabaldón, la del viaje de quince días, los mil quinientos dólares de presupuesto y de la inversión en *mi cámara* usada de mil trescientos dólares al tercer día. El viaje de pasar hambre y frío, de solo comer una ensalada al día, del hotel en Washington Square, de ver a Keith Haring en una esquina, de la nieve por primera vez. Del inglés con acento.

Cuadro 2

Mi cámara usa rollos de doce cuadros y si en esas doce oportunidades no tengo la foto y debo montar otro, seguramente habré perdido el *momentum*. Mis mejores retratos, por alguna razón inexplicable, son el número tres o el número once. Mi cámara me dio seguridad por muchos años: sacarla de la maleta con su diseño de 1957, montarla en el trípode y que siempre generase un comentario me hizo sentir fotógrafo aunque yo mismo lo dudase. La cámara me representaba.

Es una cámara que se ve en las películas, pero rara vez un ciudadano común tiene acceso a una de ellas. Si en medio de un trabajo le pides a alguien que te la sostenga porque vas a chequear algo de las luces no





sabe cómo asirla, no tiene por donde, la agarra como quien agarra una licuadora antes de lavarla.

Cuadro 3

Hubo una época en la que al salir del metro de La Hoyada te recibían vendedores con catálogos impresos en Intenso Offset llenos de mujeres en ropa interior. Yo hacía esas fotos; no todas, pero muchas de ellas. Le había comprado un respaldo a mi cámara que me permitía hacer fotos verticales porque la original es cuadrada. El formato vertical es el pacto con el ánimo comercial. Semana tras semana el estudio de Altamira, el de Chacao y después en Los Galpones de Los Chorros recibía a la modelo, al maquillador, al diseñador, al productor. Una foto tras otra, una pantaleta tras otra: así transcurría la mañana de trabajo. Lo hacía bien y rápido, pero no hablaba con las modelos, las dirigía pero no les buscaba conversación, no lograba ni aprenderme los nombres. Era un trabajo que me estaba secando. Se convirtió en una fórmula con pocas variantes y yo en una franquicia de mí mismo. Me copiaba muy bien, mi referencia era mi propio trabajo anterior.

Decidí dejar de hacerlo prácticamente en el momento en que esa industria comenzó a entrar en crisis. Me inicié en ello a los veintidós y paré a los treinta; mi temor era llegar a los treinta y cinco haciendo lo mismo.

Cuadro 4

Me dediqué a crear imagen corporativa para la primera empresa del país: la industria petrolera. Maraven, Corpoven, Pequiven, Lagoven, Palmaven, PDV Marina y PDV Gas, entre otras, fueron mis clientes. Recorrí el país fotografiando todo lo que se relaciona-

ra con las filiales de Petróleos de Venezuela. Planes de responsabilidad social, convenios tecnológicos donde se involucraba Alemania o Japón, refinerías, taladros, barcos, estaciones de bombeo, plataformas en la mitad del Lago de Maracaibo, laboratorios de investigación, torres, servicios médicos, cisternas, cuerpos de bomberos, presidentes, vicepresidentes, directores, gerentes, jefes, supervisores, técnicos, obreros, personal de limpieza. Con total libertad estética, acento personal y sentido de pertenencia.

Volé por horas en helicópteros sin puertas asegurado a un arnés para fotografiar la inmensidad industrial. Vi amaneceres y tardes declinando en plantas como el Centro Criogénico de Oriente esperando la luz ideal. Era un privilegio ser el responsable de la imagen de aquel inmenso entramado humano y tecnológico.

No es la brecha generacional la que acaso impide que algunas personas al leer el listado de empresas no reconozcan sus nombres. Sabemos lo que ha pasado.

Cuadro 5

La Hasselblad es un instrumento de trabajo y de culto. Es punta roma. De cuero y metal. Pesada. Se desarma en cinco partes. Está toda rayada. Ha soportado caídas, polvo, barro, lluvia, granizo, nieve, bosta, arena y gripe. No lleva pilas, no es electrónica ni eléctrica, no tiene fotómetro, no tiene pantalla de enfoque. La vida es nítida o no, ese es el método. Mi cámara necesita a un fotógrafo detrás. Siempre.

Cuadro 6

Mi cámara vivió las llamadas a líneas fijas de CANTV, el buscapersonas, las páginas amarillas, el fax, el correo electrónico, el celular, el celular que vibraba y no sonaba, y luego el *whatsapp*. Vivió mis





viajes, mis peregrinaciones en bicicleta, la caída vertiginosa del pelo para dar paso a una agresiva incurción de la calvicie.

El último viaje –todavía me siento a gusto con la selección final de treinta y seis imágenes y música de Radiohead– fue a Croacia: su postguerra en cada mirada y el azul inédito del mar.

Y el viaje que me hizo dejar de usarla: la incomprendible India. La incompreensión no tiene nada que ver con lo que vi y dejé de ver en aquel inmenso país; a eso y más estoy acostumbrado. Se trataba de un asunto íntimo, profundo: me estaba repitiendo; ya mi máquina no me merecía. Levantar la cámara era ver lo mismo, sin importar dónde estuviese. En Varanasi, rodeado de más de veinte alumnos y de cadáveres flotando en el Ganges, me di cuenta de que disparar era restar y no sumar. Hasta ese día la usé.

Cuadro 7

Mi cámara no produce el sonido *click*, eso es un mito. Suena claaaack.

Luego hay que girar una manivela trescientos sesenta grados para cargar el obturador. Medir –a ojo, de ser posible– la luz, fijar el tiempo de obturación, ajustar el diafragma, enfocar, revisar las cuatro esquinas de la composición porque el centro está resuelto, contener la respiración y con el índice derecho, y sosteniendo firme el cuerpo de la cámara con la mano izquierda, disparar. Claaaack. Sentir el golpe certero. *Next*.

Cuadro 8

Caldera con el tinajero en Tinajero, mi papá en traje y corbata, Gilberto Correa sonreído, Simón

Díaz con los ojos cerrados, Elizabeth Schön ante una pared blanca en Los Rosales, un negro de Barlovento viendo la cámara, un noruego en Los Roques viendo el sol, Mario Enrique frente a un globo aerostático, Paul Gillman siendo Paul Gillman. Todos comulgaron ante la misma cámara sin conocerse: la promiscuidad en 1/250 de segundo.

Cuadro 9

El lente normal es el que se asemeja a la visión humana cuando fijas la atención en algo. En la escuela llevamos veintiocho años explicando eso. Mi cámara tiene tres lentes: dos para hacer dinero y vivir de la fotografía, y uno para gastarte lo que te ganaste. Eso es lo normal con la Hasselblad, el 80 mm. Quiero ver la vida, quiero ver al otro desde una perspectiva que me ponga en escala 1:1. No me interesa lo extraordinario. Quiero descubrir dentro de lo ordinario lo oculto.

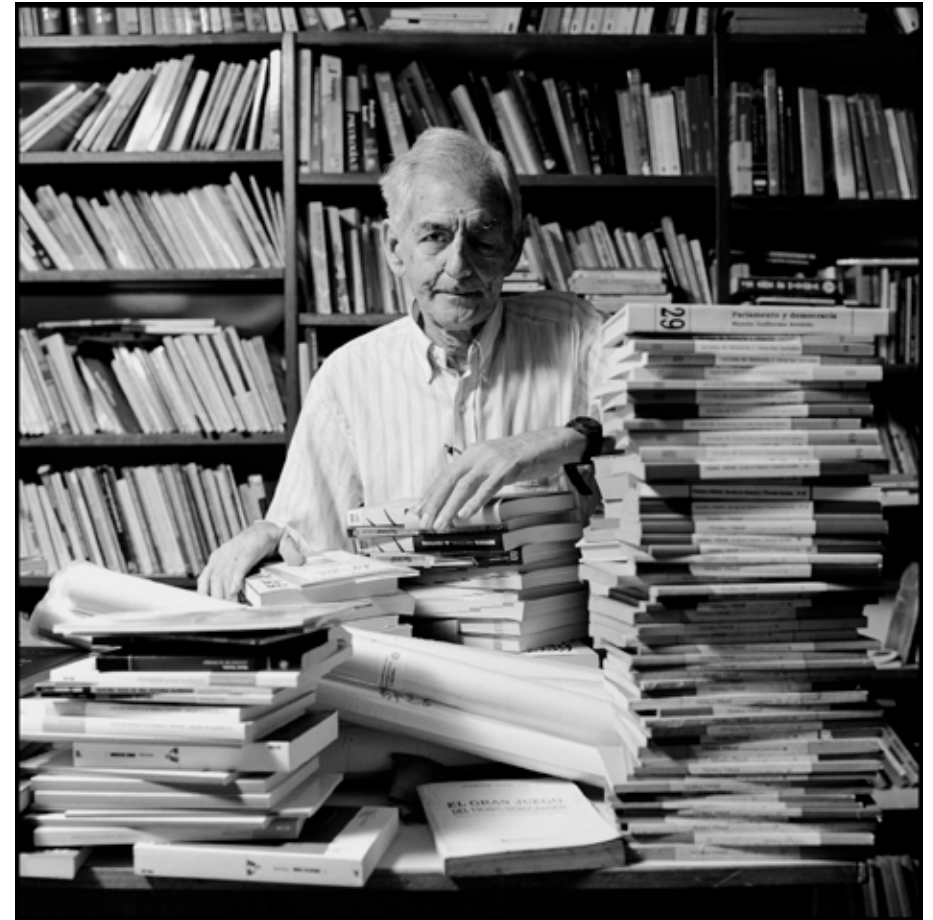
Cuadro 10

La vida siguió y sigue con otras cámaras, y todo lo que aprendí con el escarabajo de la fotografía lo dediqué a dar visibilidad a enfermos que con un poco de voluntad política se habrían salvado; a denunciar violaciones de derechos humanos, discriminaciones, injusticias, vidas significativas y causas nobles. Lo dediqué a ser útil.

Cuadro 11

La cámara salió de Caracas y ya está en Miami. “¿Qué quieres que te lleve de Caracas que te pueda cambiar la vida?” Oferta difícil de rechazar. Mi cámara.

No la he recibido porque aún no la he buscado. No la he enfrentado.





Emigrar e intentar trabajar en tu profesión –en lo que sabes hacer– es llevar la bandera a media asta. Y cuando no hay viento cuesta levantar la mirada.

Cuadro 12

Llegué al último fotograma sin saber si lo logré, si tengo la foto. Este es el peor escenario para un fotógrafo. La imagen latente todavía sin revelar. Estoy sobre expuesto. No estoy claro si puedo montar otro rollo o debo resolver en este último cuadro. Nadie me preguntó antes cómo haría para exponer, componer y enfocar esta etapa de mi vida. Se supone que lo sé hacer.



Reyva Franco

Parque Central

Algunas noches tengo un sueño recurrente: camino por Parque Central hasta la torre donde quedaba mi preescolar. Paso otra vez por ese puente transparente y embutido que, a gran altura, comunica las dos construcciones bañado por una cálida luz naranja, como la mano de mamá que me lleva hasta el penthouse del edificio El Tejar. En ese mismo sueño bajamos las escaleras —que parecen no tener fin— y llegamos al sótano. Casi nunca encontramos el carro. Caminamos por ese húmedo y oscuro laberinto, y despierto. Otras veces abordo un ascensor que sube hasta una altura que supera cualquiera de las torres del conjunto. Parece la cabina de cristal de Willy Wonka —que no solo se mueve hacia arriba, sino a los lados— al punto de alcanzar espacios como los del Metrocable de San Agustín. Así, cada cierto tiempo vuelvo en sueños a Parque Central; un lugar

que es parte de mi vida; un sitio que me resulta, asimismo, un personaje colosal y monstruoso.

Cuando era niña, después de salir de la escuela, pasaba muchas horas en la oficina de mi madre. Recuerdo cuando comenzó a trabajar en la Torre Oeste; allí funcionaban las dependencias del Centro Simón Bolívar. Subíamos al ascensor y, después del vacío en el estómago, llegábamos al altísimo piso treinta y tres. Yo me asomaba por los ventanales para mirar el barrio La Charneca. Desde el escritorio de mamá veía la calle hacia la estación del Metro Bellas Artes. Durante un largo tiempo recorrimos un camino en construcción cubierto de tablones que desembocaba en un gran túnel, el cual utilizábamos para llegar a la estación. Era un juego entrar en la boca de aquella ballena de cemento, subirse al tren dentro de su estómago y salir a la superficie por otra abertura de ese animal gigantesco y subterráneo. Más adelante instalarían en aquel camino entre Parque Central y Bellas Artes varios puestos de libros usados que yo insistía en visitar cada tarde después de salir de la Librería Las Novedades, ubicada en la Torre Este. Nada me gustaba más entonces que pensar en esos paseos antes de volver a casa.

Pasé muchas veces por la avenida Bolívar para ir o volver de Parque Central. Me gustaban aquellos recorridos: salir de los túneles de las torres de El Silencio y sentir la luz que cruzaba las calles a diferentes horas. No olvido las colas de carros y el paisaje detenido antes de la vía soterrada. Siempre me sorprendían los diferentes lugares a donde podías salir dependiendo de la bifurcación que tomaras bajo tierra. La luz del atardecer sobre las torres de El Silencio semejaba algo así como un portal al futuro o a otra dimensión.

Mamá trabajó toda su vida en el Centro Simón Bolívar. La recuerdo yendo y volviendo de la oficina, siempre contando cosas que pasaban entre los empleados, a nivel gerencial, en el camino o en los alrededores del complejo arquitectónico. Nunca he visto a nadie tan apasionado como ella porque todo cuadrara, porque saliera a tiempo y porque se cumplieran los procedimientos correctos para llevar a cabo las obras. A veces no sabemos cuánto dependen ciertas cosas de los procesos administrativos, pues cuando la tarea se hace bien aquellas labores suelen quedar en la sombra. Eso sí, cada cinco años mi madre recibía su respectivo botón de reconocimiento por los servicios prestados. Para mí ella podía resolverlo todo, encontrar la forma de que los números cuadraran, como hacía en su trabajo.

Cuando ya tenía como diez años de edad dictaron un concurso de dibujo auspiciado por el Centro Simón Bolívar. Mamá me incentivó a participar, imagino que buscando sacarme del aburrimiento de las tardes en su oficina. Nos pedían esbozar algo característico del Centro Simón Bolívar. Veía que muchos dibujaban edificios, pero lo que yo recordé primero fueron las placas con los nombres de las esquinas en el centro de Caracas, que tenían en el borde inferior derecho el logo CSB. Dibujé un hombre sobre una escalera colocando uno de esos carteles; gané una mención honorífica y me obsequiaron una caja de veinticuatro crayones Prismacolor que me duró mucho tiempo. Ahora caigo en cuenta de que tenía una especie de sentido de pertenencia institucional al lugar donde mi madre entregó tantos años de su vida, una instancia sin duda importante para ella.

Me encantaba estar en Parque Central. Algunas veces daba una vuelta con mamá a la salida de su



trabajo. Durante un tiempo asistí a la piscina de los hermanos Capriles, ubicada en uno de los edificios. Mi madre me dejaba allí hasta cuando salía de la oficina. A los doce años de edad iba con mis primos –los viernes por la tarde– al Museo de los Niños. Lo disfrutaba mucho: aquella entrada con una bola gigante de colores que imaginaba como una gran pecera a punto de estallar. Luego, el pasillo oscuro con sonidos, y después todo lo que podías hacer en aquel maravilloso espacio. Cuando comencé a visitar el museo ya era grande para entrar en «La Molécula», por lo que solo acompañaba a mi hermana pequeña a hacer ese recorrido alucinante.

Mientras iba creciendo ganaba más territorio. Cada vez podía alejarme un poco más de la oficina de mi madre y toda esa zona se convertiría en mi hábitat. Conocía muy bien cada uno de los pasillos entre los edificios de Parque Central –con su sempiterno olor a basura– y los niveles de ascensores que iban a la avenida Lecuna o a la avenida Bolívar. Me gustaba bajar y caminar desde la Torre Oeste hasta la Este, y salir de allí hasta el Museo de Arte Contemporáneo; sentarme cerca de la obra de Gego (que estaba en una de las entradas), ver las exposiciones, ir a la biblioteca del museo. También me encantaba salir de Parque Central y pasear por el Hotel Caracas Hilton, el Teatro Teresa Carreño y el Ateneo de Caracas. Desde pequeña había descubierto en todos estos edificios el logo del Centro Simón Bolívar; me daba orgullo que mamá trabajara allí, muchos de esos espacios forman parte de mi memoria emocional.

Cuando tenía trece años nos fuimos a vivir a una de las residencias que construyó el Centro Simón Bolívar en Montalbán, en el terreno donde se realizó la

misa del Papa Juan Pablo II cuando vino a Venezuela en 1985. Esos edificios gigantescos —cuyo proyecto prometía convertirlos en una pequeña ciudad cerca de la Universidad Católica, con locales comerciales de primera pero donde solo se construyeron panaderías, farmacias, abastos y centros de copiado—, terminaron siendo una suerte de piezas en obra limpia que dan la sensación de edificaciones inconclusas, con jardines imposibles de visitar por las cosas que la gente tira desde los balcones, e historias de pesadillas de niños caídos desde ventanas mientras dormían. Una arquitectura desastrosa de apartamentos a los que nunca les llega luz solar; construcciones, en fin, de otra época del Centro Simón Bolívar; el comienzo, quizá, de un tiempo de oscuridad.

En el primer año de gobierno de Hugo Chávez todavía iba a visitar a mamá al trabajo. Ya no pasaba toda la tarde allí, sino que subía hasta su oficina cuando me daba una vuelta por Bellas Artes. Un día me dijo que una frase se repetía en su mente: “Deba-cle financiera”; no podía sacársela de la cabeza, como cuando había escuchado la voz de mi abuela la noche en que murió a muchos kilómetros de distancia. Tal vez intuía lo que se avecinaba.

En 2000 cumplió veintidós años de trabajo en el Centro Simón Bolívar. Había logrado alcanzar, después de mucho esfuerzo, un cargo “de confianza”. Le pidieron la renuncia sin ninguna justificación. En ese momento estorbaba alguien vigilante de los procesos administrativos. Solo le faltaban tres años para jubilarse. Así, con pena y sin gloria, terminó su vida de dedicado servicio público. Entregó casi un tercio de siglo a una institución que al final le hizo ver que era prescindible, que solo era una parte reemplazable por cualquier otra.

Seguí visitando Bellas Artes. Iba a los museos —al Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imbert (que se convertiría en Museo de Arte Contemporáneo Armando Reverón)—, al Ateneo hasta que dejó de ser el Ateneo, a la Galería de Arte Nacional (que dejó de ser la GAN) y vi cómo todo empezó a transformarse (desde los logos hasta los edificios), y cómo se quemaba la Torre Este de Parque Central. En algún momento se comenzó a sentir el inevitable derrumbe. Uno trataba de ir hasta donde podía con su memoria emocional, pero de pronto te encontrabas caminando entre cáscaras de lo que había sido antes —o entre ruinas. Allí estaban los espacios, pero muchas veces desalmados: la nada iba tomando lugar, como en *La historia sin fin*, la novela de Michel Ende; una nada que ahora copa casi toda aquella zona que alguna vez fue un sueño de esperanzas para la ciudad y para quienes por allí crecimos.



Nydia Ruiz

La Pastora

Me ocurre, quizás por la edad, que la memoria se me ha vuelto un acordeón cerrado donde veo los extremos y el medio queda oculto. Lo puedo abrir, si quiero, pero el plegamiento es como su estado natural. El centro de mis recuerdos es una calle de La Pastora, de Delicias a Concordia 89 y 91. Mi abuela materna en una casa y nosotros en la de al lado, que mi padre adquirió ayudado por mi abuelo. Se abrió una comunicación entre ambas casas por el fondo, de manera que se podía pasar entre las dos sin pisar la calle. A las azoteas se subía por una escalera al fondo de la mía. La estructura de las dos edificaciones era la misma, solo que la nuestra tenía la mitad de las dimensiones de la casa de los abuelos y una sola ventana hacia la calle; la de los abuelos tenía dos. La puerta principal, el zaguán, la puerta de la casa, el recibo, la habitación que daba hacia la parte más

externa, otras habitaciones a lo largo de la vivienda con entradas hacia el recibo, el patio, el comedor, la cocina y el patio trasero. El baño al fondo, separado de las áreas sociales y otro patio al final donde mi padre construyó una habitación que sería su biblioteca y en donde albergó por nueve meses a un dirigente adeco –padrino de mi hermano– buscado por la Seguridad Nacional. Para nosotros era natural que aquel señor estuviera en casa, solo años después supimos por qué.

La belleza no era un tema cotidiano de la misma manera que no existía la felicidad o su opuesto. La vida transcurría siempre igual. Me despertaban demasiado temprano porque el transporte escolar venía a recogerme y, muchas veces de mal humor, pasaba a desayunar –arepas recién hechas– en la casa de mi abuela. En realidad prefería el pan de trigo, pero ese casi siempre era el desayuno. Cuando me negaba a desayunar la abuela metía la arepa rellena con queso rallado en el bulto del colegio. De regreso, en la tarde, mi abuelo me esperaba instalado en una ventana.

Aunque nos mudamos de allí cuando todavía era muy niña, recuerdo la calle estrecha, tanto que era imposible parar carros en ella. La vivienda contigua a la nuestra tenía dos pisos y un balcón. Un poco más allá estaba la casa donde mi abuela paterna vivió alguna vez con sus hijos y en la que papá se hizo querer por la abuela María, que lo incorporó a su propia familia: allí mi padre terminó casándose con mamá, la mayor de una camada de siete hijos.

En la esquina de Las Delicias había una pulpería, que era como se llamaba a los pequeños expendios de alimentos y suministros de distinto tipo. A veces mis tías me pedían que fuera a esa bodega a comprar una caja de toallas sanitarias –que todos solicitaban por

la marca comercial– indicándome que la solicitara en voz baja a la señora portuguesa. No entendía por qué tanto misterio; nunca pregunté qué era aquello.

De la casa de mi abuela recuerdo especialmente el funeral de mi abuelo. Se abrieron las dos puertas de la entrada, se llenó todo con sillas vienasas negras con asiento de mimbre y se puso la urna en la habitación que daba hacia la calle. Vino muchísima gente. Enviaron innumerables coronas, que para entonces se hacían con gardenias que despedían un delicioso olor que desde entonces me sugiere funerales. Había dos bandejas plateadas sobre sus respectivos pedestales donde la gente dejaba tarjetas de pésame escritas a mano y firmadas. Después del entierro las sillas permanecieron en la casa por varios días y tres de mis tías, cada una desde una habitación, lloraron la muerte de mi abuelo también por varios días.

Atesoro con sentimiento especial la casa de dos señoritas mayores que vivían en una vivienda heredada de sus padres muertos, un poco más abajo, en la acera del mismo lado. La recuerdo como una de las casas más bonitas que jamás vi. Una de esas señoras era madrina de una de mis tías y el madrinazgo se extendió a mis otras tías y a nosotros, mis hermanos y yo, que también la llamábamos “madrina”. Teníamos libre acceso a esa casa. Bastaba caminar media cuadra hacia abajo y tocar la puerta para que una de ellas nos abriera y dejara entrar con la mayor naturalidad. Puerta, zaguán, puerta, y después un recibo amplio con otra puerta hacia la habitación que daba a la calle y otra hacia un cuarto interior sin ventanas. El recibo terminaba en un jardín con flores encerrado por una balaustrada. La casa continuaba en descenso, no hacia adentro sino hacia abajo por unos escalones largos con dos o tres habitaciones del

lado izquierdo y, al lado derecho, un patio de árboles muy altos, algunos de ellos frutales, como un limón francés siempre cargado. Al final de la escalera estaba el comedor para invitados y, de seguido, el taller de costura donde, entre otras cosas, nos hacían los disfraces para el carnaval y en el que mis tías se reunían con las madrinas a oír radionovelas como «El derecho de nacer». Después estaba el comedor de diario, la cocina y el área de lavado de ropa. Del lado derecho, donde terminaba la vegetación, había un espacio con gallinas, la ducha y la poceta separadas. Lo mejor venía después. Lo que ellas llamaban “el corral”: un bosque de árboles altísimos en los que nos trepábamos durante horas.

Comer mangos arriba en el árbol era toda una aventura. Al lado de las madrinas estaba la casa del tío abuelo que vivía con su tía, una anciana italiana de crinejas blancas y cráneo rosado que nunca aprendió español. En esta otra casa, la habitación que daba hacia la calle alojaba el taller de sastrería del otro hermano de mi abuelo. Recuerdo que allí se bebía agua de un tinajero que me producía asco al ver cómo caían las gotas a través de la piedra cubierta de un musgo desagradable.

A veces iba a jugar con mi amiga de la acera de enfrente que vivía en una casa de dos pisos, de fachada blanca y azul suave muy bonito, siempre impoluta. Esa casa grande pertenecía a una familia belga; el padre, ingeniero petrolero, estaba pocas veces en el hogar; la madre, una señora entrada en años, nunca aprendió nada de español. Mi amiga era rubia de pelo muy liso; el viento le movía los cabellos y le metía algunas hebras en la boca que ella sacaba una y otra vez con el mismo gesto. Tenía dos hermanos mayores que no nos prestaban la menor atención y a quienes debo, sin embargo, una experiencia im-



portante. Un día subimos al segundo piso hasta una amplia habitación, como de juegos. Allí vi por primera vez una inmensa esvástica dibujada en la pared. Aquello me pareció la revelación de algo, la entrada a un sitio secreto que no pude adivinar sino muchos años más tarde.

Delante de nosotros no se hablaba de política, aunque fue inevitable oír comentarios sobre el plebiscito que organizó Pérez Jiménez y sentir una suerte de inquietud generalizada entre las dos casas. Uno de los hermanos de mi mamá cayó preso en la Seguridad Nacional; mi abuela le enviaba todos los días una fiamblera con comida. Cuando lo soltaron recuerdo haberlos visto llorar abrazados.

Tengo asimismo recuerdo de cómo la Aviación se alzó el 1 de enero de 1958: sus ataques al Palacio de Miraflores interrumpieron una ceremonia en la que Pérez Jiménez iba a recibir el saludo de Año Nuevo del Cuerpo Diplomático acreditado en Caracas. Nuestra casa quedaba a unas tres o cuatro cuadras de allí; el ataque de los aviones y el estruendo del fuego antiaéreo que salía de Miraflores hizo llorar a mamá, quien corría con mi hermano de nueve meses en los brazos. Superado aquel día, la inquietud se instaló en casa. Mis dos tíos y mi hermano mayor subían a la azotea para mirar lo que pasaba en la urbanización 2 de Diciembre declarada en rebeldía. El aire traía el sonido de los disparos hasta nosotros. Un día subí silenciosamente mientras ellos estaban allí y pude ver a un hombre alcanzado por un tiro y caer rodando por una cuesta. Cuando me descubrieron tuve que bajar regañada entre la alarma y el susto de los otros curiosos.

Por fin una noche todo estalló. Empezaron a pasar carros agitando banderas, tocando cornetas y gritando “¡Viva Venezuela libre!”. La gente agolpada en

las puertas de las casas respondía: “¡Viva!”. Yo estaba, como toda la familia, en la puerta cuando se oyó un avión cruzando por encima de nuestras cabezas y un señor que venía pasando se detuvo y comentó: “Ahí va el hombre”. Se refería al dictador.

Una vez alcancé a oír una conversación sobre la incomodidad que producía que gente extraña se estuviera instalando en las quebradas aledañas. No sé cuánto tiempo después de haber escuchado aquello y estando en la ventana con un primo vino un niño que jugaba con una pequeña pelota de goma. Se quedó parado delante de nosotros. Cuando le dije que me prestara la pelotica, contestó: “Si me besas el güevo”. No sabía a qué se refería, hasta creí que acaso llevaba un huevo sancochado en algún lugar. Mi primo, en cambio, se molestó e hizo que se alejara de nosotros.

Ahora me doy cuenta: en La Pastora vivía gente muy distinta. Unas cuatro casas más abajo una familia ponía música de la Sonora Matancera tan alto que el sonido llegaba a la calle. Eso disgustaba a papá que no ponía la música alta ni apreciaba a la Sonora Matancera. Mi propia familia era una muestra de diversidad: en estudios, oficios y economías, integrada en un mismo sector de la ciudad.

En ciertas épocas del año la calle se llenaba de mariposas amarillas que volaban sin coordinación, como si estuvieran atrapadas. Los muchachos doblaban periódicos y hacían ruidos con ellos mientras decían: “Baja, baja, que te coge la navaja”. Así como las mariposas marcaban el tiempo, había también el de las peregrinaciones que se veían en el cerro de enfrente, hacia el norte. Una hilera de velas encendidas y un canto: “Ave, Ave, Ave María”. También en Semana Santa mis padres nos enviaban a los tres que éramos entonces a

visitar los siete templos; los Viernes Santos papá ponía el «Popule Meus» en el tocadiscos y también a Andrés Eloy Blanco recitando «El limonero del Señor», y se quejaba de que las “siete palabras” ya no tenían la calidad de tiempos anteriores.

En Navidades nos llevaban a visitar a la familia y los amigos, y se recibían los regalos que el Niño Jesús dejaba en el Nacimiento que papá montaba laboriosamente todos los años. Cada 31 de diciembre volvíamos a oír a Andrés Eloy Blanco, esta vez diciendo: “Madre, esta noche se nos muere un año”, y esperábamos el cañonazo para abrazarnos. Muchas veces he pensado que de no haber oído tanto a Andrés Eloy Blanco o el disco *Criollísima* de Aldemaro Romero, y visitado tantas veces la casa natal del Libertador, el Panteón Nacional, el Museo de Bellas Artes y el Museo de Ciencias, me hubiera despegado con facilidad del país.

Los domingos papá montaba las bicicletas en el carro y nos llevaba a pasear a Los Caobos, que entonces era un auténtico parque francés. Me llamaba la atención la casa de Arturo Michelena, a cuadra y media de la plaza de La Pastora, y hasta el día de hoy quisiera visitarla. También el callejón Sanabria, antes imposible de transitar por una cadena que cerraba el paso a los carros y un letrero que decía «Propiedad privada». Muchos años después, invariablemente, volvía a aquella parroquia que había abandonado varios decenios antes. Hace ya mucho pude entrar al callejón Sanabria y me di cuenta de que se trataba de una auténtica calle inglesa. Cada vez que regresaba de mi viaje de estudios iba a ver las casonas de Las Dos Pilitas, al frente de la Iglesia de Altagracia. En una de aquellas ocasiones –impotente– no podía concebir que las hubieran tumbado para erigir en su

lugar un monumento al concreto. Todavía hay calles y casas que se conservan de aquellos años, en buena medida porque los vecinos no permitieron que las derribaran para construir edificios sin criterio urbanístico alguno.

En la Antigüedad los hombres públicos hacían constante mención a sitios de las ciudades donde vivían; en Roma, por ejemplo, se usaban como referencia mnemotécnica para fijar partes de los discursos; la retórica los llamaba «lugares de la memoria». En mi caso, hay sitios que asocio inevitablemente con la infancia estén o no allí todavía: el cine Granada con el techo pleno de estrellas como la bóveda celeste, las esculturas de la parte trasera de la iglesia en la acera del frente a esta sala, la casa de Arturo Michelena o la escuela República de Bolivia que tuvo a papá como primer director y a mi padrino como subdirector, de donde brotó una amistad que duró para siempre. Pese a que viví en La Pastora a lo sumo los primeros diez años de mi vida, a estas alturas no hay otro lugar que impregne de manera semejante mi existencia y recuerdos.



Ophir Alviárez

La casa de la abuela

A mi madre y mis hermanas por estar siempre.

A mi tía Myrna, por lo mismo.

Pensar en la casa de la abuela era sinónimo de que las vacaciones se acercaban y muy pronto nos reuniríamos con todos los primos. Confluíamos las familias del centro, las de oriente y las asentadas en el extremo occidental. Nosotros, que tras la recomendación médica de huir de la humedad para curarme el asma habíamos ido a parar a El Tigre, éramos los que viajábamos más. Atravesar el país de este a oeste no era sencillo, pero lo hacíamos a sabiendas de que después de la travesía nos esperaba la diversión.

La mayoría de las veces manejaba mi madre, segura al volante y diestra en el arte de pasar las gandalas que decoraban la carretera como los manjares que conseguíamos en ella. Las horas se iban haciendo pe-

queñas escalas que sabían a mil cosas ricas: semillas de merey y ciruelas en Chamariapa, asentamiento Kariña a escasos kilómetros del punto de partida, pescado frito en Puerto Píritu a orillas de una laguna salpicada de flamencos, queso de mano en la Medianía que para entonces tenía un nombre que ya no recuerdo, chicharrones y casabe en El Guapo, naranjas en Valencia, panelitas de San Joaquín un poco más adelante, plátanos ya más cerca del piedemonte andino y piñas, dulces y jugosas piñas que íbamos cargando como quien lleva tesoros para ofrendar a aquellos que nos esperaban con la misma emoción que nos guiaba a nosotros.

El camino era una inmensa serpiente bordeada de monte difícil de transitar, vacas flacas y perros callejeros nos observaban desde las empalizadas desvaídas y frágiles; los oleoductos también cabalgaban las horas planas y las letras rojas que aún podían leerse en ellos eran evidencia de que la política aruñaba al país de cabo a rabo. Llegar al Corozo casi al atardecer y conseguir de frente las montañas de San Cristóbal sigue siendo uno de los más lindos recuerdos de mi infancia.

La casa de la abuela era el gozo y la novedad, eran las peleas, el ruido, el muchachero, los celos y las intrigas que se gestaban entre los niños; también, la camaradería, la calle y sobre todo las diferencias marcadísimas entre la educación de unos y de otros. Mamá, la menor de un montón de hermanos, llegaba siempre poniendo orden: a ella le ofrecían el trato especial que mi abuela le otorgó, fue aceptado por toda la familia y que yo heredé por derecho ajeno.

Había primos mayores que apenas aparecían durante las jornadas, pero en su mayoría el alboroto era entre muchachitos que no se llevaban más de cuatro años. Yo estaba en la media, aunque después de mí

se podían contar unos seis o siete si incluíamos a los gochos que nos esperaban año a año y eran satélites recurrentes de la casa de la abuela.

La casa de la abuela tenía dos pisos que se volvieron uno con el paso del tiempo y tenía además un balcón. Todo sucedía en la parte de arriba pero la vida, las emociones, las aventuras estaban abajo. Y es que abajo la calle era ruidosa de lunes a sábado. El ritmo lo imponía un par de ferreterías muy grandes que dominaban cada acera y una tienda que vendía periódicos y chucherías donde solo a mí me prestaban comiquitas y revistas. Ahí, mientras los otros corrían y se empeñaban en tocar los timbres vecinos, yo me zambullía en las historias de Archie, Verónica, Betty, comía todos los torontos y ping-pong que podía pagar y regresaba a la primera plana del balcón desde donde creía que podía ver el mundo pasar. Y pasaba.

Los domingos, en cambio, eran tranquilos, casi podría decir que aburridos; la calle quedaba desolada y apenas aparecían los clientes de Juanita, la vecina que todos los fines de semana, sin importar el mes, hacía hallacas para vender. El techo de su casa estaba justo a la altura de la ventana lateral de la de la abuela; por ahí se colaba el humo y el olor de la masa cocinándose las interminables horas que se cocinan las hallacas andinas; era el deleite de grandes y chicos. Aún hoy —tras agarrarle el gusto a hacer las mías después de mucho y considerarlas tradición que debo no solo preservar sino transmitir—, cuando la primera tanda suelta el hervor me regodeo en la sensación y evoco esos días en la casa materna.

Año a año los intereses iban cambiando como nosotros, como la casa y hasta allá regresábamos. La casa y la abuela que siempre estaban ahí. Ella y el Tío Negro hacían que las vacaciones fueran insuperables;

eso y el hecho de ser la primogénita de su hija consentida me confirió la ventaja –o la desventaja, según se mire– de heredar ese amor y ser la favorita; lo que con frecuencia me granjeó la molestia de las primas que aún ahora lo recuerdan con menos gusto de lo que lo recuerdo yo.

Hubo un año en el que todos llegamos con patines y patinetas. Las de nosotras eran azules con unas ruedas inmensas que apenas tocaban el piso se deslizaban peligrosamente y en las que cabía más de uno sentado. Tío Negro nos llevaba a la Monumental y los amplios estacionamientos de la plaza de toros eran las autopistas en las que competíamos hasta quedar exhaustos. Esa vez me dio bronconeumonía tras la sudada y el frío de la tarde andina y me tocó quedarme adentro más tiempo del que me habría gustado. Recuerdo, y me cuesta disimular la sonrisa, un momento en que la patineta de alguien estaba fuera de lugar cuando Vidal –otro tío que andaba cerca y atendía un pequeño local en el piso de abajo donde vendía pasteles, jugos, chorizos y papas–, ¡zas!, salió disparado, licuadora en mano, tras pisar la patineta de marras y –cataplum– cayó como mango maduro. Hubo risas hasta las lágrimas y hubo castigo para todos porque así era entonces. Uno hacía algo y todos pagaban, aunque los castigos iban en proporción directa con quien los infligía, la edad de los niños y, por supuesto, las preferencias o aversiones de la abuela (que como buena mortal, sin lugar a dudas, las tenía) de las que mi hermana y yo, para molestia del resto, casi siempre salíamos bien libradas.

Otra vez nos dio por tejer y ovillos y ovillos de lana se volvían bufandas, pulseras y quizá algún suéter que lastimosamente no pasaba de los hombros y terminaba siempre de vuelta al origen.



Eran días ruidosos y largos. Los desayunos abundaban en arepas, queso y pizca andina; cuando no, pasteles y chicha. Nunca volví a tomar de esa chicha que aún ahora me hace agua la boca y alborota papilas y recuerdos. Era una chicha espumosa que vendían en un carrito rumbo a la Monumental. Ahí, entre las duelas de un barril mediano se almacenaba la bebida más rica que habían degustado mis labios de niña y que tomaba sin cesar. Blanca como claras batidas a punto de merengue, era la delicia con la que nos premiaban una que otra tarde. Eso, las tostadas y el helado de *zabaione* de la heladería de enfrente forman parte de la memoria gustativa de la niña que fui.

Después vendrían el calentado, la canelita, la piñita, el aguardiente, las botas de las Fiestas de San Sebastián, pero para eso debieron pasar algunos años. Años en los que dejábamos de ser chiquitas y despertábamos a la mágica aventura de hacernos las mujeres que aún hoy intentamos ser.

Fue en la puerta de la casa de la abuela donde me dieron mi primer beso. Uno de los muchachos de enfrente se convirtió en premio de consolación. A mí me gustaba el chico de la ferretería de al lado —del que me separaba no solo la edad sino la mirada impertérrita de mi abuela—, pero no tuve más remedio que conformarme con aquel muchacho alto y desgarrado que jugaba fútbol y era el hermano mayor de Bruna, mi mejor amiga de las vacaciones. Se trató de un secreto a voces que no pasó de ir a caminar a una placita cercana y que yo negaba por el hecho de que de haber sido por mí le habría declarado mi amor romántico al ferretero, que para entonces ya tenía por novia a una italiana con carro propio contra la que mi inmadurez y mi falta de experiencia no

podían competir, pero que no impedía que siguiera yendo a saludarlo varias veces mientras él y sus hermanos sudaban atendiendo al montón de clientes que se paseaban por los mostradores.

Eran días amables en los que empezábamos a definirnos. Intereses, rebeldías, ilusiones y sueños; de todo se cocía en esos viajes. Después llegó el tiempo de las boinas y las gomitas que venían en las tapas de las compotas, de los Reebok y las *chemises* Polo así fueran colombianas, de los morrales de cuero, los calentadores, las hormonas y el pelo muy corto. La mujer de la melena de hoy mira a la chica de entonces y no la reconoce. La de entonces tenía pinchos y se pasaba la máquina, se peinaba con cerveza y escribía las cartas de amor de cualquiera que necesitara consejos —asombrosa la osadía. La de ahora no sabe qué hacer con los churcos y cuando cumplió cincuenta pensó en trasquilarlos. Aún hoy lo sigo pensando, pero no sé si logre conciliar a esta que soy con aquella que fui y —oh, susto— que alguien me diga cómo se lidia con otra crisis esta vez por dejar de tener pelos.

Fue en la casa de la abuela donde aprendí a bailar, donde me tomé mi primer trago, donde me puse un sombrero, botas y me lancé al ruedo. Las fiestas eran el viaje obligado y no importaba que perdiéramos clases porque hasta allá íbamos a dar al menos para los días más importantes, jueves, viernes, sábado y domingo. Tío Negro nos esperaba con los abonos, sombra numerada cuando planificábamos el viaje con antelación y la casa era un hervidero de gente preparándose primero para la corrida y después para las fiestas. Tomás Campuzano, Morenito de Maracay, Enrique Ponce, el Tamá, el Círculo Militar, las casetas y La Billo's, Los Melódicos, Porfi Jiménez,

Alfredo Sadel, el Grupo Niche, los vallenatos, los pasodobles, el acordeón, todos tienen un *check* a la hora de pasar lista.

Rememorar una época en la que el roce de los cuerpos al bailar era el colmo de la felicidad, reconocerlo, abrir los ojos y caer en cuenta me reafirma que esa fue sin la menor duda una grata manera de empezar a salir del cotiledón y estirar las ramas. Hubo tropiezos, por supuesto, y hubo también sobreprotección; pero hubo familia y la mirada de la abuela con sus ojos grises y su sangre india que siempre estuvo sobre nosotros, siempre estuvo sobre mí.

Ella, una mujer valiente y diminuta a la que la vida le puso todos los obstáculos y todos los sorteó. No se quejaba. Era capaz de atravesar el país para ir a buscar nos y una vez bajo sus alas procurarnos lo mucho de lo poco, aunque en ese entonces yo ni lo noté.

A la casa de la abuela llevé al que sería mi esposo un enero de ferias y una mañana, preparándonos para el largo día, recuerdo que me llamó y me dijo: –Dele comida a ese muchacho porque es un recién llegado y estoy segura de que no tiene ni idea de lo que vendrá –y diciéndolo me entregó una porción humeante de sancocho de gallina que me hizo pegar un grito. En el plato –entre mazorcas, yuca, auyama y plátano verde– había un muslo completo y una de las patas de la bendita gallina. Con las mismas que mi abuela me entregaba el manjar, yo ahogaba la súplica y me daba la media vuelta: –Abuela, por favor, por favor, se lo ruego, saque esa pata, cómo se le ocurre que yo le voy a servir eso –atiné a decir sin el más mínimo disimulo y ella muy oronda solo respondió: –En esta casa a todos nos gustan los huesos, usted lo sabe, así que salga, dele al muchacho y después vemos.

Yo –ya les dije que era la consentida– volví a clamar que me lo cambiara e insistí en que de ninguna manera me iba de la cocina con esos tres dedos huesudos que adornaban el tazón que acababa de ponerme entre las manos.

He de decir que lo logré: llevé otro plato y la historia más tarde se volvió chiste porque al novio en cuestión no solo no le disgustaban las patas sino que se las comía sin la más mínima pretensión, cosa de la que yo por supuesto no tenía ni la menor idea.

Aún hoy, cuando le ofrezco a mi pequeña Saskia un pedazo de pollo sonrío al oírla decir que por favor le dé un huesito y yo se lo sirvo con deleite, le ratifico la herencia diciéndole que todos los nietos de mi abuela los prefieren, aunque sea mentira y le repito que ella es un digno ejemplo de la tradición. Entonces suspiro y esa mujer que vivió con nosotros hasta su último día crece en mi pecho y me recuerda la madera de la que estamos hechas las mujeres de la casa de mi abuela.

Fue hasta esas paredes que habían sido testigo de la metamorfosis de la niña que llegó la muchacha, esta vez a llorar la muerte. La muerte como la guinda de una torta que nadie quiere probar pero que no se descompone y guarda un pedazo que te toca engullir, quieras o no. Uno que te hace torcer la cerviz y aprender desgarros, que te quita amores y te sume en la orfandad.

Un accidente se llevó primero al Tío Negro y tres años más tarde el corazón de papá dejó de funcionar. El corazón es una mala metáfora, leí por ahí, y el de él se rompió en muchos pedazos. Eso dijo el forense y con eso nos quedamos. Con eso y con el asombro de reconocer que había ido a parar a San Cristóbal quizás a sabiendas de que le tocaba cerrar su ciclo. No

lo sé. Nadie puede saberlo. Apenas guardo recuerdos breves de esos días. De los brazos solidarios, de la otra familia, de los amigos, de la abuela que perdía un hijo más y de mi reticencia a mirar el féretro a pesar de que Farah, mi hermanita de nueve años, me agarraba la mano y repetía que no temiera. —Es mi papá —decía con la calma que solo un niño puede demostrar en esos momentos—, no puedes tenerle miedo. Pero no era miedo lo que tenía, era una mezcla de sensaciones que aún ahora no logro organizar, mucho menos definir, una suma de certezas que me impulsaron a oír los comentarios e impidieron que me acercara a esa caja que contenía “un cuerpo apretado, sudado, desajustado” que sin la menor duda ya no era el hombre que me había procreado. Y no me arrepiento. La muerte entonces no fue un cadáver sino una ausencia; la peor.

Un par de días más tarde mi hermana Kay y yo fuimos al cine. Papá había mencionado una película que le había impresionado y en aras de pretender sacudirnos un ratito la tristeza, decidimos ir. Nos montamos en la camioneta *beige* que había viajado de este a oeste muchas veces: aún olía a sus manos grandes y nos llevaba a la misma sala oscura en la que apenas había cuatro o cinco personas. Ahí, entre la pantalla y el proyector, se escurrieron todas mis lágrimas. Oskar Schindler ayudaba a los judíos, Oskar Schindler se arriesgaba, Oskar Schindler inventaba excusas mientras yo imaginaba su reacción a las escenas, ahí mismo, solo, conteniendo la emoción o dejándola drenar como hacía yo, como escuchaba a mi hermana ahogar la queja.

Esa noche frente a la violencia de las imágenes de las personas que se volvían ceniza, lejos de la gente que tampoco entendía qué había pasado, pero nos

señalaba como responsables de aquel infarto, “porque pobre hombre, estaba tan solo”, tan solo como nosotras sin él, lloré lo que no había llorado.

Salí del país poco después en un viaje que, aunque planificado, tuve que adelantar por otra calamidad menos terrorífica que la de mi padre, pero que me hizo dejar la casa de la abuela y a sus habitantes temporales —mi madre, mis hermanas— sumidas en el caos de la pérdida y lidiando con mi ida. Carlos, mi chico, el mismo de la historia de la sopa de gallina, había tenido un accidente y estaba en una clínica en el sureste mexicano. Hurgo en mi memoria y recuerdo el protocolo para conseguir dólares. Corría el año 1995, el país intentaba sortear la crisis bancaria, se había impuesto un control de cambio, las idas y venidas al banco pasaporte en mano para que asignaran las divisas eran imperiosas y la angustia ante la espera hizo aún más difícil despedirse de una tierra y sus querencias. Esa fue la última vez que estuve en la casa de la abuela, la última que viví en Venezuela.

Regresé a El Tigre y a Puerto La Cruz infinidad de veces mientras mi madre y mis hermanas seguían allá. A San Cristóbal solo volví trece años después de aquellos días tristes. Fui buscando un cable a tierra que me recordara quién era, de dónde había salido y que me permitiera abrazar a aquel chico que había llevado tiempo antes e insistía en otra faena, pero la casa y la abuela ya no estaban. Estaba el lugar, habitado de recuerdos, casi consumido por locales comerciales que me dificultaron evocar a la chica asomada en un balcón que tampoco existía, reconocer la calle, escuchar las risas y las lágrimas, el jolgorio del gentío, el paso calmo de mi padre, la mirada franca de mi abuela.



Tal vez algún día vuelva al país y vaya a San Cristóbal. Quizá lleve a mi niña y caminemos cuadra arriba, cuadra abajo, miremos las montañas y desde la acera, desde esa misma acera donde pasaba las vacaciones, me siente en el piso y le cuente más historias, miles de historias, esta vez frente a la casa, la amada casa de mi abuela.



Ricardo Cie

Sonrisa y nariz

Casi puedo ver el fuelle negro encerrado en su pulcro vaso de cristal subiendo y bajando monótonamente. Una burbuja en el líquido que avanza veloz por la montaña rusa de plástico que sale de la botella de suero para perderse en tu brazo. Tus órganos-sustitutos-de-metal distribuidos por toda la sala. El clásico monitor donde se dibujan brevísimas montañitas-latido, cada vez más pequeñas y el temor subterráneo de que no levanten más.

Tu cabeza rapada en medio de tantos almohadones... ¿Cómo ha sido esto posible?

La Bogotá que recuerdo de finales de los 70 y buena parte de los 80 es una cosa extraña. Al menos para un niño que viene de Caracas. Es como una de esas fotos análogas que salían mal porque en el mismo negativo quedaban dos disparos sobreimpresos. Una de las imágenes es un campo verde con potreros y

tarros de leche de esos de aluminio y vacas y ese olor a fresco mojado. La otra imagen es la de una ciudad “normal” como Caracas en ese entonces: edificios, asfalto, concreto. Así que Bogotá es esa cosa doble: asfalto y grama, autopista y una vaca pastando en la isla, una urbanización de quintas y el lechero en bicicleta con botas de caucho y suéter de lana trayendo el tarro con la leche que acaba de ordeñar.

Mi tía, hermana de mi mamá, tiene su casa en una urbanización así. Me refiero solo a mi tía porque enviudó. Quedaron ella y mis cinco primos en una casa enorme con techos de madera, tejas rojas y altillos maravillosos. Yo adoro los altillos. Son casas en miniatura para nosotros los “señoritos”, como dice la cocinera. Solo subir las empinadas escaleras sin barandas por las que se llega a los altillos con sus techos bajos de dos aguas me parece una aventura. Benito, el primo más cercano a mí por edad, tiene un tren a escala con puentes, postes mínimos y una estación con muchas vidrieras y gente con maletas. Cuando saben que vamos de vacaciones nos piden a nosotros que le compremos accesorios para el tren, que en la Caracas de ese tiempo se conseguían importados y en Bogotá no. Pero el tren no está en el altillo. Está en el cuarto verdadero, abajo. En el altillo de los varones están los juegos de electrónica de Eugene (incomprensibles para mí) y las revistas de Robin, con mujeres sin ropa que me producen una cosa rara mezclada con miedo cuando las sacamos de dentro de unos parlantes de equipo de sonido y las vemos escondidos. De todas maneras prefiero el tren porque tiene un solo mando de velocidad y como diez botones para cambiar las rutas. Además, no tengo que usarlo a escondidas. Pero creo que ya dije que el tren no está en el altillo sino abajo. En el piso de abajo, el de verdad.

Me cuesta imaginarte sin cabello. Es difícil. Tú y el cabello lacio y amarillo siempre fueron una misma cosa. Tu cabello siempre largo. Solo una vez te vi con el cabello corto. Era una foto vieja con los colores como si la hubieran metido en la lavadora. Tendrías tres años. Benito no había nacido y salían ustedes con la tía y el tío. Tú y el cabello lacio, el cabello lacio y tus ojos. Tus ojos azules y esa simpática y gran nariz. Ya van muchas cosas: cabello amarillo, ojos azules y nariz. Sol, cielo y nariz.

Ahora que te han rapado la cabeza, la nariz se te debe ver más grande. Aunque importa poco. ¿No? Tu sonrisa siempre acabó con cualquier exceso nasal y aunque en coma no puedes sonreír, poco importa. Sé que la sonrisa está allí, justo detrás de tu boca en coma. De hecho el aparato de oxígenos de seguro esconde ambas cosas: la nariz y la boca. Y los párpados esconden tus ojos. La verdad es que sin ojos, sin nariz, sin pelo y sin boca es como si ya no estuvieras ahí.

Coma suena feo. Horrendo. Coma detenido, coma *stop*. Pero al menos es coma y no punto, hay que tener esperanza. Siempre que sonreías arrugabas la nariz. Eso unía tu nariz a tu alegría y le quitaba tamaño, como que la encogía. Por eso te veías bella y nadie pensaba en el tamaño real de tu nariz. Nunca te había detallado tanto. Detallamos tarde. Demasiadas veces demasiado tarde. Tarde sol, tarde cielo y tarde nariz. Sin tamaño, solo nariz.

Yo paseaba por los grandes espacios de la casa de mi tía en San José como Amundsen por la nieve del Polo Sur. Siempre era una expedición. Me protegía del frío con una chaqueta prestada, una de las tantas colgadas en la entrada, porque en Caracas no hacen falta chaquetas así de gordas. Ni menos gordas tampoco en realidad. Y aunque soñaba siempre con lle-

vármelas, porque según yo me quedaban increíbles, de nada hubiera servido porque en mi ciudad no se pueden lucir rechonchas chaquetas. Bueno, sí, pero sudando como loco.

Benito se había escondido en alguna parte con la “paciencia-para-soportar-primos-de-visita” en cero. El “primómetro”, pensaba yo divertido. Le pasaba con cierta frecuencia porque era un tipo un tanto serio para su edad. Caminaba entonces yo solo por la casa y me detenía a ver la pecera empotrada en la pared del salón principal, por ejemplo. Me gustaba tomar el imán con fieltro que, con su doble dentro de la pecera, servía para limpiar los vidrios de moho. La persecución del imán del otro lado del vidrio me extasiaba. Siempre más lento y torpe, el imán sumergido se esforzaba enormemente por mantenerse a la par del otro. También leía decenas de cómics tirado en un puf en alguna de las salas de la casa o un libro que me regalaron allá de crónicas humorísticas de Daniel Samper Pizano.

Tiempo-plastilina de las vacaciones en Bogotá.
Tiempo-melcocha haciendo nada y todo a la vez.

Escudriñando la pecera me llegó suave una pieza de piano del otro lado de la pared. Me hizo levantar el imán externo y perder el otro en las profundidades del pequeño acuario. Hoy sé que escuchaba «Para Elisa», pero en ese entonces era simplemente una linda melodía de piano.

Taratatata tatatatannnnnn
taratatán
taratatán
Taratatata tatatatannnnnn
taratatán
taratatán



Pensé en un disco, pero no, algo en los golpes de tecla hacía vibrar el piso como solo lo hace la música en vivo. Lo confirmé cuando no terminó la canción y empezó de nuevo, lindo pero truncado. Un error y corregía:

Taratatán, taratatán, taratatán, taratatán

Tin tin

Tin tin

Me asomé a la sala contigua y allí, sentada al piano, una niña rubia desparramaba su corazón entre las teclas. Su cabello se movía apenas, rozando las manos que acariciaban teclas. Entre los cabellos asomaba apenas, por momentos, un trocito de nariz. Era mi prima. Un par de años mayor que Benito. Por supuesto que la veía todo el tiempo en las vacaciones pero en ese instante juro que la miraba por primera vez. Tuve un torrente de sensaciones desconocidas que no voy a poder describir. Traicionaría a ese niño que dejaba de serlo espiando a una prima tan lejos de su casa.

Ella detuvo el concierto y se quedó inmóvil, como se queda la gente cuando siente que la están mirando. Como pude recogí del suelo todo lo que se me había desparramado del alma y las tripas y corrí lo más rápido que pude hasta salir de la casa, hasta el pasto, hasta el árbol enorme donde pasaba los días el loro de Benito, el árbol de las maderas clavadas en el tronco como escalera. Subí hasta donde pude y desde allí seguí escuchando el piano que empezaba de nuevo la canción y tuve deseos de llorar.

¿De qué sirve que sigas ahí en medio de tanto tubo? ¿De qué?

Tampoco quiero que te vayas.

¿Habrá piano allá arriba?

Quererte aquí ya es un problema de egoísmo nuestro, aunque nadie se atreva a decirlo o a cul-

parnos. Mientras puedan ver tus párpados hay oportunidad de que abran un día. Puede que la coma maldita, por fin, de paso a la otra parte de la oración. A veces, pensando en ti, puedo dejarme llevar por el sueño e invertir los papeles de la enorme cantidad de aparatos que te rodean. Puedo sentir, estúpidamente, que no es el fuelle el que infla y desinfla tus pulmones, sino al revés. Puedo creer —aunque llore— que eres tú la que mantiene vivos todos los aparatos y no al revés. Y yo quisiera tener la posibilidad también de desenchufar este dolor, esta tristeza que no se quita nunca, que no amaina con nada.

Las vacaciones cambiaron para siempre. Todas. No sabía si ir con Benito a brincar por los potreros y cazar renacuajos o quedarme en la casa para ganarme por casualidad una frase, un cariño. Quería verla a escondidas tocar algo en el piano otra vez. La diferencia de edad, estando tan niños, era enorme, insalvable. Yo era el primo mocososo de Caracas y ya. Pero yo tampoco necesitaba demasiado. Bastaba una palabra, un revolverme la cabellera. Cualquiera de esos pequeños gestos valían por quince triunfales renacuajos metidos en una bolsa de plástico transparente que es lo que podía estar haciendo en ese instante con Benito. En realidad, no había mucha diferencia entre lo que sentía por mi prima y los pobres renacuajos que podría haber cazado. Ambos estaban destinados a morir sin desarrollarse. Ambos tenían contados los días. Ambos sabían de antemano que nunca les saldrían patas.

Luego volvimos a Caracas y regresamos como siempre muchas veces muchos años. Y ese sentimiento con acompañamiento de piano fue quedando como en el fondo de una pecera, tapado por el sedimento, las noviecitas, el bachillerato, el primer trabajo.

Y uno olvida. Hasta que.

Por fin la mano del pintor se cansó. Cada vez colinas más pequeñas en el monitor y esta mañana una sola e inmensa llanura. Una línea plana, esa que ninguno quería que cruzaras.

Nunca estuve ahí, todo me lo contaron porque no pude viajar, porque más gente sería una incomodidad en la clínica, porque para qué.

Y no he vuelto a Bogotá. Décadas. Pero sé que cuando vaya y abrace a mi tía y a Benito y no estés será como si el coma acabara en ese instante y el círculo se cerrará finalmente hasta que nos veamos de nuevo. Cabello dorado y cielo. Un piano. Sonrisa y nariz.



Liliana Fasciani M.

De una a otra orilla del río

Acababa de terminar el sexto grado cuando le dije a mi madre que no volvería a ese colegio. Lo había pasado fatal con la María Bollito, apodo que le pusimos a la monja que nos daba clases y con quien llegué a tener serios encontronazos. Si hubo un ser que logró desmotivarme alguna vez en la vida fue esa maestra. Habiendo aprobado por los pelos, había perdido por completo el entusiasmo de iniciar la secundaria en la misma escuela.

La otra parte de la historia es que no me gustaba mi ciudad. No entendía por qué habiendo topónimos más bonitos y elegantes tenía nombre de animal. Para entonces había leído acerca de otros países en una enciclopedia por fascículos —que mamá fue adquiriendo semanalmente y encuadernando ella misma hasta completar todos los tomos— llamada *Monitor* —el Google de aquella época. Contaba además con una propia, *El mundo de los niños*, compuesta por doce libros bellamente empastados

en tapa dura de semipiel de dos tonos, cuyas páginas de papel satinado traían magníficas ilustraciones y textos en letras grandes en las que me zambullí durante mucho tiempo.

Gracias a esas lecturas mi visión del mundo se había extendido bastante más allá de una ciudad pequeña y sin atractivo, como pensaba que era la mía en 1970. Yo deseaba vivir en una ciudad más grande, más bonita, más llena de cosas como París o, sin ir tan lejos, como Caracas; pero vivía en El Tigre. Y todos los días, cuando el transporte escolar me llevaba de vuelta a casa al mediodía, después de recorrer medio pueblo dejando frente a sus hogares a otras compañeras, me preguntaba por qué mi ciudad no era como aquellas que salían en los fascículos de *Monitor* o en las postales que enviaban mis tíos desde Italia, con calles adoquinadas y escaleras de piedra, con largas y anchas avenidas, con inmensos jardines llenos de flores, con rascacielos iluminados y una Torre Eiffel y un Coliseo.

El Tigre, en cambio, siendo en aquel momento una población surgida del petróleo menos de cincuenta años atrás, tenía más calles de arena que asfaltadas, una sola avenida que por entonces se llamaba Primera Carrera, aceras de cemento solo en las calles más transitadas, postes de luz en las esquinas con una horrorosa maraña de cables, muchas casas bajitas con techos de zinc de dos aguas, pocas quintas bonitas y ajardinadas, y alguno que otro edificio de dos pisos.

Debía reconocer, sin embargo, que tenía varios hoteles y restaurantes, como el Hotel Arichuna en la Avenida España, donde solíamos almorzar los domingos; también, clubes privados creados por distintas colonias de inmigrantes como la Casa D'Italia

—de la que mi padre era socio fundador—, la Casa España, el Centro Cultural Español, la Casa China y la Casa Nueva Esparta; una Plaza Bolívar enorme con bellos jardines, faroles de estilo fernandino y un pedestal con fuente de mármol de Carrara sobre el que se alzaba una imponente estatua ecuestre del Libertador adonde íbamos los jueves para escuchar la Retreta Municipal y en diciembre a patinar.

Para ser todavía un pueblo tenía más salas de cine que otras urbes de mayor tamaño; recuerdo el Plaza frente a la Plaza Bolívar; el Maroní y el Ayacucho, ambos en la calle Bolívar; el Girardot en la calle homónima, y el Teatro Cristal en la Primera Carrera —ahora Avenida Francisco de Miranda— con un gran escenario donde anualmente tenía lugar la presentación de gala del Ballet de Marialuisa Piazza. Había dos templos católicos, la iglesia Virgen del Valle, erigida por los primeros trabajadores petroleros de origen margariteño en una manzana ubicada en el cruce de las calles Bolívar, Girardot, Igualdad y Sucre; y la iglesia San Antonio de Padua junto al colegio del mismo nombre donde estudiaban mis hermanos, levantada en 1957 por sacerdotes franciscanos. Circulaba un periódico de edición diaria fundado por don Edmundo Barrios en 1954 llamado *Antorcha*, que salía de los talleres tipográficos de la Impresora El Tigre, y una emisora de radio de amplitud modulada denominada La Voz de El Tigre, creada en 1948. Tenía además una Casa de la Cultura en el casco viejo de la ciudad y un Taller Libre de Arte que quedaba en una esquina a seis cuadras de mi casa, creado por el artista plástico Eduardo Latouche, donde asistí disciplinadamente a clases de dibujo y pintura durante varias vacaciones.

Por supuesto, como cualquier otra población venezolana tenía también una calle donde bullía el

comercio con cinco cuerdas de locales de todo tipo, la mayoría de los cuales eran propiedad de libaneses, españoles, italianos, sirios, chinos, japoneses, trinitenses, andinos y margariteños. Los que más frecuentábamos eran la Librería Txiki, donde nos compraban los útiles escolares y empecé a elegir los libros que conformarían con el tiempo mi primera biblioteca; La Mascota, una tienda de ropa y textiles de los hermanos Milena y Polo Poletti; Isidro TV, donde junto con papá elegíamos la música de moda en discos de acetato de 33 y de 45 revoluciones; la Casa Horie, nuestro sitio favorito de juguetes; La Tacita de Plata en la calle Girardot, donde vendían de todo; y La Casa del Pueblo ubicada en el cruce de las calles Brisas del Caris y Rivas donde mamá nos compraba los instrumentos típicos —cuatro y maracas—, así como alpargatas, sombreros y otras prendas para nuestras presentaciones en los actos culturales. No obstante, siendo la calle Bolívar la zona comercial sus aceras eran angostas e irregulares, mismas que flanqueaban la vía de sentido único que desembocaba junto al Colegio Divino Maestro donde mi último año de primaria había sido un desastre.

Mamá no se opuso a mi decisión, pero en seguida me preguntó si tenía alguna idea de adónde ir puesto que la alternativa para cursar el bachillerato eran los liceos públicos y eso papá no lo aceptaría. ¡Desde luego que la tenía! “Quiero ir a Las Nieves”, le dije. Y una mañana muy temprano de principios de septiembre ambas enfilamos hacia Ciudad Bolívar, distante ciento quince kilómetros de El Tigre.

La capital del estado Bolívar, a la que se puede llegar desde Playa Blanca en la población de Soledad cruzando el río en chalana o, preferiblemente, atravesando el puente Angostura, siempre me había



gustado por el simple hecho de estar a orillas del Orinoco, “el río más grande de Venezuela, el segundo más caudaloso de América del Sur y el tercero del mundo”, tal cual nos lo enseñaron en tercer grado. Esas referencias me bastaban para desear estar lo más cerca posible de ese río marrón que corría rapidísimo y del que se contaba que bajo sus aguas había peces enormes, reptiles peligrosos y mil remolinos.

Atravesar el puente colgante sobre el Orinoco ha sido desde mi infancia una experiencia marcada por diversas sensaciones. El puente, inaugurado en 1967 durante el gobierno del Dr. Raúl Leoni, es una estructura de cuatro canales de circulación; dos, junto a la baranda de inmensas vigas y gruesas guayas tensadas que lo sostienen, y dos en el centro que son unas rejillas de acero a través de las cuales se puede ver el río allá abajo desde la ventanilla del auto, en el que se percibe un sonido ronco y tenebroso generado por las llantas al contacto con el acero y por la velocidad del vehículo contra el viento.

Así, después de tanto tiempo viendo desde la calle su prolongada cerca de hierro, sus canchas deportivas, su laja misteriosa y sus fachadas imponentes que la fantasía de la edad me lo hacía ver como un castillo, entré por primera vez en el colegio Nuestra Señora de Las Nieves donde, dada la distancia entre El Tigre y Ciudad Bolívar, tenía que estudiar como interna. Por eso sentí que se abría un hueco en mi estómago cuando la Madre directora le dijo a mamá que las salidas serían solo los fines de semana, feriados y vacaciones “siempre y cuando no haya motivos de castigo”, enfatizó. Ambas me miraron y yo intenté disimular mi decepción. La monja quiso asegurarse de la razón por la que mamá pretendía inscribirme en el colegio y yo, una pulga de gente,

reuní todo el valor que encontré para decirle que la idea no era suya sino mía. Con esa respuesta sellé mi primer destino.

Completado el trámite administrativo la directora nos entregó una lista y, haciendo sonar una campanita que tenía sobre el escritorio, llamó a otra religiosa a la que ordenó que nos mostrara el colegio. El *tour* duró casi una hora. Al salir, mamá propuso que diéramos una vuelta por los alrededores. “Para que te vayas ubicando”, dijo. En ese momento pude ver cómo aterrizaba un avión de Rutaca en el Aeropuerto José Tomás de Heres, situado justo en frente del colegio. Mamá condujo por la avenida Táchira, una de las más bellas de Ciudad Bolívar, con hermosas quintas de estilo colonial, muchos jardines y aceras arboladas. Nos detuvimos a tomar algo en la fuente de soda Tony. Extrajo de su bolso la lista que le había entregado la Madre directora y la leímos juntas. Me preguntó si estaba contenta. Forzando una sonrisita nerviosa y tonta contesté que sí, mientras lo único que ocupaba mi pensamiento era que en menos de un mes estaría en un internado con salidas los fines de semana si me comportaba bien.

Continuamos nuestro paseo por la avenida Táchira, pasamos junto a la Casa del Libertador conocida también como Casa San Isidro, empalmamos con la avenida Cumaná donde cruzamos hacia la calle Bolívar y un poco más adelante doblamos a la izquierda enfilando por la avenida Juan Germán Roscio hacia el Paseo Orinoco que se despliega en ambos sentidos, isla de por medio, a lo largo de la ribera del río. Mamá estacionó en un sitio con sombra debajo de unos árboles y nos dirigimos a pie hacia la zona comercial, en el casco histórico. Compramos los uniformes en Almacenes Acapulco, después bajamos

hasta la calle Zea donde funcionaba un negocio de telas y lencería, ahí adquirimos los juegos de sábanas, las toallas y los pijamas que aparecían en la lista. El resto lo compraríamos en el transcurso de los próximos días en El Tigre.

Estábamos ya sobre la hora del almuerzo de modo que antes de emprender el retorno fuimos a comer en el popular Mercado La Carioca, que quedaba casi al final del Paseo Orinoco. Dejamos las compras en el maletero del carro y caminamos, bajo un sol inclemente, hasta uno de los restaurantes donde la especialidad era la pescadería fresca del propio río.

Desde nuestra mesa contemplábamos el espectáculo que ofrecía el Orinoco en toda la extensión que podía abarcar nuestra mirada. Veíamos que corría vertiginosamente y cómo se formaban unos torbellinos que desaparecían de repente para aparecer de nuevo en otros sitios, una y otra vez. Veíamos la Piedra del Medio en cuyo fondo se cuenta que habita una serpiente gigantesca con siete cabezas que engulle a cualquiera que caiga o se atreva a nadar en esas aguas y provoca los remolinos que hundan chalanas y canoas. Una piedra que es, en realidad, una inmensa roca mucho más grande de lo que se alcanza a ver incluso cuando el río está en su nivel más bajo. Esa misma roca, que el naturalista alemán Alejandro de Humboldt denominó “orinocómetro”, es la medida por la que cada año se registran las crecidas y las bajadas del río. Veíamos El Degredo, un islote de playones pedregosos a quinientos metros de La Piedra del Medio frente a la Playa de Polanco, donde entre los siglos XVIII y XIX se dejaba en cuarentena a los barcos procedentes de otros puertos que transportaban mercancías y personas al desembarcadero de Angostura. Veíamos la ribera de enfrente hasta

donde mamá y sus hermanos, cuando eran niños, caminaban todos los días desde su casa en El Peso: siete kilómetros de ida en la mañana y otros siete de vuelta en la tarde para asistir a la escuela de ese pequeño cantón llamado Soledad, que parecía haberse quedado anclado en el tiempo, del que nunca se ha sabido cuándo ni quién lo fundó, pero donde se dice que Humboldt y Bonpland pernoctaron en el Fortín de San Rafael sobre el Camino de la Encaramada una noche de julio de 1800.

De vuelta en El Tigre, los días siguientes mi madre y yo estuvimos ocupadas en adquirir el resto de las cosas que aparecían en la lista y en marcar todas y cada una de las piezas de mi ajuar con el número 26 que me habían asignado. De vez en cuando papá me preguntaba si estaba segura de querer estudiar tan lejos de casa; otras veces trataba de desaconsejarme enfatizando que solo podría salir los fines de semana, que tendría que compartir dormitorio y cuarto de aseo con otras estudiantes, que no habría paseos después de cenar como solíamos hacer casi todas las noches. Cuando mamá lo sorprendía en aquellas intenciones disuasorias le decía que ya el gasto estaba hecho y que no debía haber marcha atrás.

Si bien mis padres eran un equipo tanto en el hogar como en el trabajo, mamá era quien se ocupaba de nuestra educación. Ella nos inscribía en el colegio, firmaba los boletines, atendía las citaciones de los maestros, compraba los uniformes y útiles, asistía a nuestros actos culturales, se multiplicaba para llevarnos a clases de música, inglés y mecanografía, revisaba nuestras tareas y nos encaminaba hacia eso que hoy llaman “excelencia” con una frase que a mis hermanos y a mí nos quedó grabada: “No basta con hacerlo bien si se puede hacer mejor, y mucho mejor,

superior”. En los años setenta el sistema educativo era de doble turno, de modo que yo asistía a las actividades extraescolares tres días a la semana, entre las cinco de la tarde y las siete de la noche. Y en el sistema de mamá faltar a cualquiera de ellas no era una opción porque enseguida recordaba que todo lo que implicara un costo aparejaba una responsabilidad. Por eso, en mi decisión de estudiar en Las Nieves, hechos ya los trámites de inscripción y matrícula, no había posibilidad de recular.

El primer domingo de octubre por la tarde, al atravesar el puente sobre el río, volví a sentir un hueco en el estómago: la sensación que me produce hasta hoy cruzar el Orinoco en sentido norte-sur. Esta vez llevaba una maleta y un neceser. Al despedirnos, papá dijo que si no me sentía a gusto lo llamara para venir a buscarme. Mamá y yo nos abrazamos un buen rato; luego dijo: “No vas a llamar porque quien quiso venir aquí fuiste tú; estudia con fundamento y los fines de semana te vendremos a buscar”.

Desde la cancela me quedé mirando las caritas de mis hermanos pegadas al parabrisas trasero mientras me decían adiós, hasta que el auto desapareció al doblar hacia la avenida República. Tuve que ahogar el llanto para que nadie notara la turbación que sentía arremolinarse dentro de mí con la misma fuerza de los torbellinos en el río.

La tristeza me duró dos días. Al tercero, ya conocía los recovecos del lugar y a sus habitantes. Nunca pensé en llamar a papá para que fuera a buscarme. En cambio, la mayoría de mis compañeras detestaba el internado; les fastidiaban la disciplina, la omnipresencia de las monjas, la rigidez de los horarios, la revisión del uniforme antes de salir del dormitorio, la puntualidad de las clases, la misa matinal de los

viernes con el padre Nieto, la repetición del menú semana tras semana, la siesta obligatoria, el silencio forzoso durante las horas de estudio, la invariable rutina que transcurría dentro de aquellos muros altísimos que nos separaban del bullicio de la calle y que no se parecía en nada a un hogar. Después de todo era un colegio, no una casa.

Todas las noches, después de la cena, disponíamos de una hora libre durante la cual nos dispersábamos entre los relucientes pasillos de los arcos, el patio de las redomas y el jardín de la fuente frente a la capilla. En ese recreo nocturno nos dedicábamos a ver televisión, a divertirnos con juegos de mesa, tocar guitarra, cantar, recitar, echar cuentos, secretear, terminar alguna tarea, en fin, hacer cualquier cosa.

A diferencia de las demás, yo me sentía bien a gusto y tenía mi rincón debajo de las escaleras junto a la dirección de secundaria donde podía escribir y leer los libros que pedía prestados en la biblioteca mientras las demás jugaban en las canchas, conversaban en los chambaos o se deslizaban en la enorme laja misteriosa al lado de los columpios. Ese rincón fue mi refugio durante los cinco años que viví allí. Y el cuarto de los zapatos del dormitorio rosado donde con frecuencia entrábamos, vela o linterna en mano, para terminar de estudiar para un examen al día siguiente o para desahogar iras, penas e inquietudes a solas o con una amiga. El cuarto de los zapatos era como un confesionario pero sin cura, sin penitencias ni absoluciones. En esa cueva oscura y maloliente vacié, durante un lustro, todo el bagaje emocional de mi adolescencia; porque no era cuestión de ponerse a llorar o a hacer berrinches delante de aquella muchachera y menos aún de las monjas. En un internado la debilidad se



paga con chalequeo y después es muy difícil recuperar el respeto.

Era feliz los viernes por la tarde cuando el señor Castillo iba a buscar a las que éramos de El Tigre para llevarnos a casa, y se me abría un hueco en el estómago los domingos por la tarde cuando atravesábamos el puente de regreso al internado. Por suerte, el río suavizaba mi nostalgia.

Pocos días antes de recibir el título de bachiller y salir para siempre del colegio, influida por Lord Byron escribí un larguísimo poema que titulé “Memorias del internado”. Sentía la necesidad de no olvidar lo que había vivido allí y pensaba obsequiarle una copia del texto a mis mejores amigas: Nerea, Cinzia, María, Nayleth y Verano, pero creo que no llegué a hacerlo.

Para mí la experiencia fue grata y provechosa. Jamás me he arrepentido de aquella decisión y siempre agradecí a mis padres que me apoyaran en ella. Ahora más que antes mi vínculo con el Orinoco es indisoluble, porque obedeciendo a su última voluntad hace un año esparcí en sus aguas las cenizas de mi madre.



María Angelina Castillo Borgo

Sé cortés con tus monstruos

I
 “Sé cortés con tus monstruos”, me dijo ella por *WhatsApp*. En su huso horario se hacía de noche, yo cargaba la oscuridad enganchada en el pecho como prendedor maldito. Comenzaba marzo de 2020 y con él mi tratamiento para matar un cáncer que se me había metido por la piel. Entonces no podía enviar ningún mensaje sin llorar. Comenzaba también el confinamiento en Venezuela, a donde había regresado —luego de tres años en el extranjero— en busca de redención emocional.

“Escribe”, siguió. “Escribe si no puedes dormir, si tienes ganas de echarte a llorar, si no quieres hacer nada”. Escribir no resuelve la ansiedad, me advirtió, pero la distrae. Entonces comencé. Pero la palabra, la música, la imagen, las nubes que viajan de espacio a través de la ventana, nada ahuyentaba a los mons-

truos. Me pesaban demasiado como para garabatear algo coherente en un papel o en la computadora. Se asomaban desde mi angustia para enseñarme los colmillos, esos en los que se habían atorado los pedacitos de mi piel. Y yo no sabía ser cortés.

II

La piel es memoria y muere. Quedan las marcas en las casas que ha habitado. Yo cuento muchos paisajes contruidos, muchas carreteras y bandas sonoras se dibujan geográficamente sobre el mapa de lo que soy.

De mi primera casa no tengo casi recuerdos. Un apartamento sencillo en Los Teques, uno de los lados menos queridos del estado Miranda. Algunas casas de muñecas en el balcón, sillas de mimbre junto al enorme televisor cuadrado con antena, mi primera caída con rodilla sangrante, el primer ataque de celos contra mi hermano dos años menor, los primeros disfraces con los trapos de la cocina. Las primeras fotos. Mi mamá, mi papá.

En la siguiente infancia fue un apartamento de tres habitaciones en Los Helechos, hacia las fronteras de San Antonio de los Altos, junto a El Sitio, un nombre que para mí se traducía en una parada de autobuses y el kiosco donde mi madrina me compraba los helados de sandwichito de EFE al salir del colegio.

Para llegar a esa casa había que recorrer una enorme bajada de curvas, pasar un policía acostado y una redoma de matas. Allí solo éramos mamá y hermano. Fue una época de piojos, esas cositas negras que me caminaban la cabeza todo el tiempo y que al final morían como manchitas de sangre en un pañal de tela bañado en vinagre que me tocaba llevar sobre los hombros cuando mi abuela me quitaba animalito

por animalito con sus uñas sabias y su olor a talco. Fue también la abuela quien me embadurnó durante semanas el costado de mi cuerpo con hierbas para matar una culebrilla que amenazaba con extenderse, indetenible, como la del jueguito virtual de los primeros Nokia. La abuela que vivía en Colinas de Bello Monte, muy cerca del Centro Polo, en Caracas. Esa del balcón de matas, donde hacía los enormes nacimientos sobre la mesa de madera, con ovejas de algodón y ríos de espejo, con un cielo de tela azul y el Niño Jesús siempre escondido con un pañuelo blanco hasta el 25 de diciembre.

Esa es otra de mis casas. La de los fines de semana de la infancia. Desde donde comprábamos helados al vendedor ambulante que cruzaba una calle con una panadería y una plaza que recuerdo cuadrada y con un gran árbol central. Y con una iglesia, cuerdas arriba, donde hice mi Primera Comunión, aunque entonces la abuela no estaba para mirarme. En esa casa se cayeron mis primeros dientes de leche y aprendí a comer masa cruda, que me daba mi abuela mientras ella preparaba las empanadas de queso. Allí aprendí a amar el jugo de guayaba y a entender que las tajadas no son tajadas si no llevan azúcar y queso rallado. La abuela y su teléfono viejo eran mi casa en una Caracas a la que hice mi casa muchos años después, ya en la juventud, con la vida universitaria, el trabajo y los amores.

Pero entonces Caracas era mi abuela. A esa que no le gustaba que yo viera en el viejo televisor el video musical del tema «Ojos así» que Shakira acababa de lanzar. Mi abuela miraba la serpiente y decía que era el demonio. Yo le contaba de mi primer amor de colegio, ese que se tiene cuando uno apenas alcanza los siete años de edad. Yo, niña enfermiza que dobló su

dedo índice en la niñez de tanto usarlo como chupón y que luego usó pañuelos en las muñecas como el «Azúcar amargo» de Fey que veía en la televisión, o para secar «La gota fría» que esparcía Carlos Vives desde el viejo equipo de sonido que estaba en la sala, junto a la enorme puerta principal en Los Helechos. Allí no estuvo papá. Él llegó después y con él empezaban muchos viajes de carretera, en su blanca Samurái de los años noventa, durante mi adolescencia.

Entonces empezaba el nuevo siglo y a mi papá, ingeniero químico que trabajaba en Petróleos de Venezuela, lo habían trasladado para una sede de la industria muy cercana a la refinería El Palito, en el estado Carabobo. Yo me negaba a ir, acababa de terminar sexto grado de primaria y quería inscribirme en el bachillerato al que irían todas mis amigas, no quería terminar en una urbanización botada en un lugar que ni siquiera aparecía en mis mapas. Una nueva casa. Viajes de Valencia a Morón, de Puerto Cabello a Tucacas. Yo siempre en la ventana del lado derecho en el asiento de atrás. En el medio, mi hermana pequeña en su silla para bebés; del otro lado, mi hermano. Una nueva casa al borde del mar, con un jardín y una mata de mango. Allí aprendí a reconocer los árboles de uva de playa y a treparme en ellos. Allí recibí mi primer beso y aprendí a escuchar rock. Allí llegó el 11 de abril de 2002 y fue la primera vez que vi muertos reales en la televisión. De allí salimos cuando los militares nos fueron a sacar armados, después de que botaran a mi papá –y a otros tantos– de su trabajo. Otra vez la carretera, ahora de regreso, y como traidores.

Un viaje diferente al que hacía cuando, en su Toyota Corolla blanco, mi padrino nos llevaba al Centro Recreacional de Profesionales Universitarios, un club

playero en Puerto Cabello, cuando éramos niños. Con una banda sonora protagonizada por Luis Miguel y su «Cuando calienta el sol» y «Mi tierra», de Gloria Estefan. Mi padrino y mi madrina fueron otra de mis casas de la niñez. Una casa de tejas color ladrillo donde aprendí a montar bicicleta y a patinar, donde jugué con muñecas de trapo como esas que adornan la portada del libro de Aquiles Nazoa. La casa de las paellas españolas y los morrocoyes, de las orquídeas y la libertad. La casa de los perros, las culebras y las risas. Ahí pasé varias fiebres y navidades. Ahí vi a mi padrino morir, a mi prima morir. Ahí murió también mi madrina, pero yo ya estaba en Ecuador.

Ese país en la mitad del mundo fue por un tiempo mi casa. Allí aprendí a vivir sola, a distribuir el dinero para llegar a fin de mes porque nadie vendría a salvarme de un desalojo. Una casa de atardeceres magníficos, de calles con olor a fritanga, de autobuses en los que no suena Maelo Ruiz. Una casa desde la que recorrí carreteras a la frontera con Perú, a las zonas agrícolas que llaman El Oro, a las montañas mineras, a la playa en la que hiela el Pacífico. La casa en la que apareció mi mayor enfermedad. La casa de la que corrí, una vez más, para volver en 2020 a una Venezuela en la que ya no hay bombas lacrimógenas en la calle, sino bodegones. Donde el dólar ya no es una lechuga que se oferta disfrazada en las páginas de Internet, sino la moneda que domina nuestras vidas y nuestro efectivo. Donde la violencia había cedido a una falsa tranquilidad de restaurantes y carros lujosos que tapaban a los que seguían comiendo de la basura o simplemente habían dejado ya de comer. Donde me reencontré con la convivencia familiar. Donde permanezco encerrada por una pandemia. La casa como memoria en la que lo público y lo ínti-

mo se difuminan en redes sociales y encuentros por Zoom. Donde el asfalto dejó ya de quemar porque todo se ha hecho cenizas.

III

Caliente, sudorosa, arbitraria. No le bastó con manosear mi traje de baño por debajo de la ropa. Necesitaba regodearse un poco más en su cuota de poder autoimpuesto. Me hizo soltarme el cabello y alborotarlo con sus manos sucias de esperar en medio de la carretera. Buscaba algo con lo que pudiera quitarme dinero o aún más la dignidad. Esa siempre ha sido la estrategia del Gobierno incluso desde antes de 1998, cuando el líder amenazaba con freír las cabezas de sus contrarios en un sartén. Al menos en ese momento había gas y aceite de haberlo hecho realidad. Después de mí, vinieron las tres amigas con las que compartía el carro en aquel viaje a La Guaira, en el litoral venezolano, en 2017, luego de meses de protestas, perdigones y barricadas hechas candela y sangre. Tal vez la mujer uniformada buscaba droga para matraquearnos o consumirla. Total, éramos jóvenes, blancas, con dinero —creía equivocadamente—, nos lo merecíamos. Ser rico es malo, y todo lo que se le parezca también. Tras revisar las carteras y cada rincón del vehículo, desistió. No sin antes reírse un ratico, su única victoria.

“Relájate”, me dijeron mis amigas. “Ya pasó”. Para qué denunciar, quién te va a ayudar. Nadie puede hacer nada por ti. Ya lo he visto antes. Y nadie hacía nada. Acomódate la ropa y sigue para el mar, que todo lo limpia. El país había dejado de ser un país hacía mucho tiempo, pensaba mientras devolvía mis pertenencias al bolso, mientras otros tantos carros rodaban cerca de donde seguíamos estaciona-

das, mientras motorizados infringían las normas de tránsito sin que nadie siquiera los mirara. Pero piensa, me dije: pudo ser peor.

Ese año era el tercero de protestas y manifestaciones en mis poco más de veinticinco años. La primera tanda fue en 2007, cuando entré a la Universidad Católica Andrés Bello para estudiar Comunicación Social. Vino el cierre del canal Radio Caracas Televisión y se trancaron los pupitres. A la calle. Aprendí cómo debíamos correr de la entonces Policía Municipal y de los efectivos de la Guardia Nacional Bolivariana para que no te alcanzaran los perdigones. Aprendí a esquivar los círculos bolivarianos —génesis de los colectivos— que destruían aquello que no podían freír en el sartén. En 2014 vino la secuela, entonces seguía corriendo pero con el carnet de prensa guindado del cuello. Ahora en 2017 todavía había que correr. Pero ya mis piernas estaban demasiado cansadas. Harta, me fui.

Salí de Venezuela antes de que se terminara el año. Mi destino resultó Guayaquil, Ecuador, sin la menor idea de qué vendría después. Y cómo me sorprendió allí la vida.

IV

Muchas señales debieron haberme advertido de que algo no iba bien. La puerta del carro mal cerrada, el hueco donde una vez hubo un equipo reproductor, el primer desvío de la ruta principal. Iba absorta en alguna discusión mental con el jefe por el pésimo día de trabajo que no me percaté de hacia dónde iba hasta que la pistola apuntó la frente de mi acompañante.

Al segundo año de haber llegado a Ecuador, la vida me golpeó como chancletazo de madre arrecha.



Al segundo año y cumpliendo mis tres décadas de vida. El cáncer y un secuestro.

El taxi había bajado la velocidad unos segundos antes y de una sombra que hacía un árbol sobre los faroles salieron dos hombres gordos, dos hombres morenos, dos hombres inconformes. El más agresivo ocupó el asiento delantero, junto al chofer cómplice. El más calmado se sentó atrás y me hizo sentarme a su lado. Sus muslos sudados rozaban mis piernas temblorosas. Me arrancaron la cartera, el celular mientras sostenían mi brazo derecho tratando de arrancarme también el reloj. “Nosotros queremos dinero y no los vamos a dejar hasta que lo tengamos. Si se portan bien, no les pasará nada. Bajen la cabeza y cierren los ojos. No me miren. Y quédense tranquilos que esto se terminará cuando yo diga”, fueron las primeras y únicas palabras. Todo lo demás fueron gritos. Que por qué tienes el pasaporte encima, que de dónde sacaste esta cuenta de ahorros si tú no eres de este país, que tienes muchos papeles en este monedero. Que me des las claves de la tarjeta y del celular y no te equivoques porque es peor. Pasaba la noche y se volvía más impaciente. Mientras el carro rodaba yo solo podía rezar, el Ave María fue lo único que recordé junto con las claves de la tarjeta, gracias a Dios. Mientras oía ruido de autos, cornetas y nos deteníamos en lo que suponía eran semáforos yo estaba más tranquila: aún no habíamos salido de la ciudad. Pero cuando avanzábamos por largo tiempo y en total oscuridad volvía el pánico. A dónde iríamos, dónde nos dejarían, me llevarían a una hacienda para ser la esclava sexual de alguien, ese muslo sudoroso comenzaría a moverse más hacia mí. “Quédate tranquila que no te voy a violar”, me dijo el hombre

gordo del asiento de atrás. No sabía si la frase me daba más miedo o más calma.

Jugaron al secuestrador bueno y al secuestrador malo. A lo *Secuestro express*, pero a mi lado no iba Dj Trece y delante de seguro que no estaba Budú. Solo esperaba que no terminara como la película, sin mantequilla, sin disparos y sin hotel. Sin policías corruptos.

En algún punto del trayecto ya había entendido que solo habíamos estado rodando por cajeros automáticos, y el gordo del asiento de atrás me dijo: “¿Quieres que te compre un juguito para que te calmes?”. Quiero que me sueltes y me devuelvas mis vainas, mamagüevo, pensé. “No”. Fue todo lo que dije. Yo casi nunca cargo dinero encima, veintisiete años en Venezuela me habían enseñado que la pistola puede salir de cualquier esquina. Pero esa semana me tocaron exámenes, muchos, de diagnóstico por unos ganglios que no bajaban y necesitaba tener el dinero a la mano. Tenía, además, un morral que me había comprado en oferta. Con cada parada en el cajero veía mis ahorros irse. Los que tanto me habían costado reunir, los que me habían motivado a salir del país y con los que pensaba ayudar a mis papás y mis hermanos a escapar también. Pero ellos solo quieren dinero, pensé, tal vez me regresen mi morral. “Sí, sí, te daremos tu morral y tu cartera con tus cosas”, me dijo el gordo junto a mí. “Pero no me veas la cara”. Finalmente, después de más gritos, nos soltaron en una calle a la una de la mañana. La puerta del carro se abrió, se bajó el gordo sudoroso, pero mis piernas no respondían y no podía bajarme del auto. Ya por fin afuera, miré al gordo, llevaba una gorrita roja, y le pedí mi morral. “Caminen y no miren hacia atrás”, fue todo lo que obtuve por respuesta. Ahí sí reventé

en llanto. No sabía si caminar, correr o esperar el balazo en la nuca. El auto con los gordos y el chofer cómplice se alejó. No había más nadie allí. Se habían llevado mi celular, mi paz y el dinero con el que iba a pagar el alquiler de ese mes, el resto de los exámenes y los pasajes de avión que nunca fueron.

V

Todo comenzó con un lunar extraño en la nariz. Demasiado negro y demasiado redondo. Con una roncha en el cuero cabelludo que nunca cicatrizó. Todo siguió con una protuberancia debajo de la mandíbula del lado izquierdo de la cabeza que nunca bajó. Todo siguió con médicos, exámenes y diagnósticos. Todo siguió con la batica azul con la abertura hacia atrás. Con las camillas frías. Antibióticos, antiinflamatorios, ecografías y tomografías. Abscesos. Dermatólogos. Otorrinos. Internistas. Hematólogos. Cirujanos. Y la protuberancia allí, incólume. Creo que mi agente del seguro de salud que contrató la empresa donde trabajaba terminó por odiarme, les resulté la asegurada con menos certezas del año. El seguro social me colocaba en una lista de espera imposible de cumplir.

Médico tras médico. Camilla tras camilla en un protocolo que ya seguía en automático. En un país ajeno y con la familia a miles de kilómetros. Conocí todo tipo de personajes de salud. Todos querían rebanarme la mitad de la quijada. Uno de ellos, el más folclórico, tenía el consultorio en una de las habitaciones de su casa. Piso de cemento, mesa de cemento cubierta con una bolsa negra que no llegaba al suelo y dejaba ver las patas grises y tristes que sostenían un bloque aún más triste sobre el que reposaban papeles y bolígrafos. Dibujos y recortes infantiles pegados en

las paredes. Y aquel nauseabundo olor a mezcla cruda encerrado en un cuartico sin ventilación. Yo solo le pedía al cielo que no me secuestraran de nuevo y que el señor que me miraba desde el otro lado del –llamémoslo así– escritorio no me tocara más de lo debido. Esta vez no hubo batica, al menos.

“A la cama, por favor, y te abres un poco el pantalón”. Y yo con el Dios en la boca. La cama era una suerte de sofá mal arreglado, con una tela roja llena de manchas y una almohada con funda de tela infantil. “Coño, qué asco”, pensé sin soltar la cartera de entre mis brazos.

“Estás tensa, ¿te sientes nerviosa?”. Le respondí que no. Y empezó a darme fechas y nombres de hospitales y costos de operación. “Oqueei. ¿Tiene punto para pasar la tarjeta?”, pregunté. Me contestó que solo efectivo. “Coño”, pensé y salí a buscar un cajero automático en aquella zona perdida de la ciudad. Al regresar, tardó en abrirme la puerta que da hacia la calle. Finalmente salió con el cierre del pantalón mal cerrado. En la sala había estado esperando otra mujer.

VI

Luego de diez meses de tratamiento para curar un melanoma que hizo metástasis en ganglios y en hígado, mi enfermera aún recuerda el primer día que llegué a la sala de quimioterapia. Yo solo lloraba. Miraba alrededor y lloraba. Encerrada en el baño, antes de comenzar, lloraba. Miraba a mi mamá y lloraba. Ha pasado tanto desde entonces. Ya no lloro y hasta he hecho amigos. No es el lugar para morir, ahora lo entiendo. Entonces solo me parecía tétrico, frío, amenazante.

Ese día mi mamá había insistido en llevar un perolero: dos carteras, una lonchera, dos suéteres, bo-

tellas de agua, comida, frutas, libros. La cuarentena no la declararían sino hasta dos días después, así que al menos no habría que desinfectar ese vainero al volver a la casa. Ese día había otras ocho personas conectadas a sus bombas, muchos viejitos. Cada uno en silencio, cada uno en su manera de esperar. Volví a llorar. Mejor vamos a dejarlo así y que pase lo que Dios quiera. Pero la enfermera me sentó en la butaca libre para mí. “¿Pero por qué lloras? No pasa nada. Esto no te va a doler”, dijo. “Oqueei”, respondí.

–Te voy a pinchar.

–¿A qué?

–Respira profundo.

Y nos encomendó a la Virgen.

–Esta es tu bomba –dijo mientras la tocaba– con la que vamos a administrar las medicinas. Primero te colocaremos el suero.

–Oqueei.

–Luego te administraremos el Yervoy y al final el Opdivo. Y entonces terminaremos. ¿Lista? Comenzamos.

–Oqueei.

–No vas a sentir nada hoy. Ni mañana, ni pasado. Los síntomas se pueden manifestar del tercer al quinto día.

–Oqueei.

–Hasta ahora, ¿tienes alguna pregunta?

–¿Puedo beber alcohol?

–¿Coño, Mima! –se escuchó al fondo la voz de mi mamá.

–Solo cerveza o vino, y una sola. Pero no el día que te toca tratamiento.

–Oqueei. Pero, ahí veo una burbuja de aire –dije asustada–. Las telenovelas mexicanas me habían enseñado que así matan las malas a los esposos viejos o

a la protagonista cuando está en el hospital tras caer por las escaleras embarazada y ciega.

—No pasa nada, para eso está el filtro. ¿Lo ves?

—Oquei.

¿Una de las partes difíciles del día? Ir al baño con ese mamotreto conectado al brazo. Poder salir de la sala de quimioterapia sin un bajón de tensión o un ataque de vómito con diarrea.

VII

Ya tengo mi silla predilecta en la sala de quimioterapia. Está justo en la esquina más lejana a la puerta, pero cerca del baño, por si acaso al cuerpo le entran ganas de estallar (ya me ha pasado). Junto a mí una de las amigas que he hecho durante este viaje; ella me habla a veces sobre su esposo, sus hijos y su padre. Cerca de nosotras, otra nueva amiga. Ella tiene dos hijas pequeñas. Nos reímos de vez en cuando para alejarnos de los monstruos, que cada una expulsa de su cuerpo de manera distinta. A lo lejos, otras dos amigas chismean desde que llegan hasta que nos toca despedirnos a todas. Todas mujeres. Casi siempre somos todas mujeres en aquella sala.

Ya no lloro cuando me toca ir a sentarme en mi silla, conectarme a mi bomba, pinchar mis brazos. Uno se va adueñando de los breves espacios que lo rodean y así las cosas parecen menos difíciles. Esta silla también soy yo, el cojín en el que se acomoda mi brazo, la luz que entra por la ventana, el líquido transparente que recorre mis venas. Los amigos que me esperan del otro lado de la puerta, la familia que me envía sus bendiciones, la enfermera que se asegura de que no me sienta mal. Todo esto también soy yo, en un amor que florece en el abismo, parafraseando a Rafael Cadenas. Ese que miro a través del

cariño de mi familia, mis amigos, los amigos de mi familia, los vecinos, los compañeros de cada trabajo, los del colegio, los del liceo, los de la universidad. El amor que es el oncólogo salvándome de tantos médicos con diagnósticos disímiles. Las enfermeras que me sostienen para vomitar. Mi madre y mi hermana que me sostienen a diario; mis mejores amigos que siempre están con una nota de voz, una foto del pasado, una canción, para ayudarme a construir una rutina de cortesía con mis monstruos.



Lit autobiogr martes

andreina liter, ricardo ramire, +1 (...)



5:25 p. m.



5:25 p. m. ✓✓

Es un placer leerlos. Feliz tarde para todos.


5:26 p. m. ✓✓

+58 414-3317884

~Luis Gómez C.

Tú

📎 Documento sin título.pdf (4 páginas)



Devastador, y muy bien escrito.

5:34 p. m.




5:34 p. m. ✓✓

+1 (202) 864-9196

~Mariano de Alba

Tú

📎 Documento sin título.pdf (4 páginas)



Me dejó sin palabras. Espero que todo vaya bien. Un fuerte abrazo.

5:35 p. m.



Escribe un mensaje



Nota de cierre

Un taller literario no culmina al momento de cerrar el primer texto que suele considerarse definitivo para ser publicado. Menos todavía cuando quien se enfrenta a la escritura hace sus pinitos en un ámbito de expresión particular y justo por ello busca orientaciones en esos espacios donde se discuten asuntos de «carpintería» y sentido de lo que desea plasmar, y que por lo común pone a los aspirantes en un sitio incómodo: el de comprender que el anhelo de decir cosas nunca coincide con el modo de hacerlo bien o, al menos, de manera correcta e inteligible.

Por eso es moneda corriente escuchar aquello de que «los autores siempre escriben el mismo libro» o se les va la vida corrigiendo las primeras piezas que dieron a la estampa. En este caso ocurre lo propio, aunque con una variante: hasta ahora no ha corres-

pondido a los autores corregir sus trabajos sino que hubieron de someterse al proceso de edición que, por razones profesionales, recayó entre mis tareas de Prodavinci. Y es que cuando en la página nos enteramos de que Ricardo Ramírez Requena coordinaba un taller de escritura autobiográfica, nos pareció propicio ofrecerle nuestra visibilidad como camino expedito para mostrar algunas historias –no ficticias– dignas de ser contadas en un tono llano y sin dramatismo, pero atendiendo las resonancias de una prosa cercana a las rutinas plásticas de la literatura. Ello contribuiría, asimismo, con la dinámica de su taller, pues a los participantes se le comunicaba que sus textos eran susceptibles de ser publicados en una web con alto flujo de lectores, lo cual incrementaba sus ganas de aprender a expresar sus sensibilidades de modo adecuado, fluido y eficaz.

Así, a la criba hecha por Ramírez Requena antes de enviar los textos a Prodavinci siguió el trabajo de edición a que sometimos las composiciones antes de darles salida pública. Lo cual indica que cada uno de los testimonios compilados ha sido cernido al menos un par de veces. Este procedimiento pone de manifiesto un hecho crucial en todo proceso de escritura: la revisión constante de lo escrito, el ajuste más exacto posible para ofrecer un texto cercano a la nitidez del contenido, pero sobre todo de la expresión. (O viceversa.) Ilustrar este método en el momento mismo de las discusiones sobre el material en desarrollo nos parece que beneficia a los talleristas y, por supuesto, a los lectores: ya se sabe, *escribir es reescribir*. Como la autobiografía: mostramos una zona de nuestro durar para comprender lo vivido, para darle sentido a los años, para sabernos memoria.

Esta experiencia sirve para mostrar, de nuevo, la necesidad de realización de vocaciones estéticas, pero sobremanera para incidir, también de nuevo, en la idea de que no basta atender la llamada de nuestra cifra de vida, sino que debemos hacer de la vocación una artesanía, un oficio, una labor diaria. Es la única fórmula para construir una obra, para entender a qué vinimos.

Para Prodavinci constituye una honra que el Archivo Fotografía Urbana acoja esta compilación de Ramírez Requena en su fondo editorial; gesto que reconoce una de las tareas silenciosas que hacemos en la página: atender los trabajos de nuestros colaboradores con empeño, profesionalismo y rigor.

Carlos Sandoval

*Este libro se terminó de imprimir en 2022,
en Málaga, España.*

*Con la colección CIUDAD VIVIDA,
hemos querido abrir un espacio para
la multiplicidad de textos que, sin ser necesaria-
mente producto de una actividad literaria
regular, le dan forma concreta a la memoria de
los ciudadanos en las urbes complejas
del presente. El objetivo es publicar relatos
autobiográficos de la más variada naturaleza y
en torno a los más diversos temas,
con una constante sin embargo: que en ellos
la imagen fotográfica juegue un rol fundamental
–si no central– en la configuración de su
contenido y su estructura interna. Por
autobiográfico entendemos no exclusivamente
aquellos relatos donde un autor nos cuenta su
vida, sino también cómo se han vivido, desde
una experiencia personal, determinados
acontecimientos históricos (políticos o no),
ciertas configuraciones urbanas o arquitectóni-
cas; cómo, en fin, se vive en y desde la urbe.*



Ricardo Ramirez Requena (Ciudad Bolívar, 1976). *Escritor, gestor cultural. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela, universidad en donde también realizó estudios de la maestría en Literatura Comparada. Fue profesor del departamento de Literaturas Occidentales de la Escuela de Letras de la UCV, y ha dictado clases también en otras universidades, en pregrado y en diplomados. Ha publicado el poemario Maneras de irse (Ígneo, 2014), el diario Constancia de la lluvia (Fundación para la Cultura Urbana. Ganador del XIV Concurso Anual Transgenérico de esta fundación), el libro de ensayos Otros bosques (El taller blanco editores, 2020) y la antología, con Diajanida Hernández, Poesía contra la opresión. 1920-2018. (Provea, 2019). Actualmente es director de la Fundación La Poeteca.*

Colección CIUDAD VIVIDA



**EL
ARCHIVO**